



© Mariano Martín Rodríguez
© Herederos de Toni Halter

«Sils fastitgs dil bronz», un capítulo inédito de *Culan da Crestaulta* (1955) de Toni Halter, obra señera de la ficción especulativa romanche

EDICIÓN, TRADUCCIÓN E INTRODUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ

Culan da Crestaulta [Culan de Crestaulta¹] (1955) de Toni Halter (1914-1986) no es tan solo una de las primeras novelas extensas escritas en romanche surselvano. También es una de

las novelas más célebres y apreciadas de su literatura, a juzgar por las cuatro ediciones que se han sucedido en la lengua original hasta la más reciente de 2014. Tal cifra es extraordinaria,

¹ Crestaulta significa algo así como «Montealto». Como es un topónimo en el título original y no una denominación general, hemos preferido conservar el nombre romanche, igual que en el caso de otro topónimo local del capítulo traducido abajo, Crapfess, literalmente «Piedrarrajada».

habida cuenta del cortísimo número de lectores potenciales de un idioma que tan solo unas treinta mil personas son capaces de leer. Y no se trata tan solo de éxito de público. *Culan da Crestaulta* puede aspirar también a la categoría de clásico moderno, al menos si consideramos que se trata de una de las escasas obras romanches posteriores a 1950 que cuentan con ediciones acompañadas de sendos estudios críticos, uno algo más académico de Baseli Collenberg en la de 1989² y otro más personal de Nicolaus Caduff en la de 2014³. Pese a todo ello, es una obra prácticamente desconocida fuera de Romanchía, la nación cultural definida por el empleo y el cultivo del romanche sita en Suiza. Pese a una traducción local al alemán⁴, tal desconocimiento más allá de los límites de aquella nación tiene que ver seguramente con el corto número de estudiosos extranjeros dedicados a la literatura romanche y con el hecho de que han solido dedicar sus esfuerzos de traducción a la narrativa breve, por ser este un género más propicio para las antologías generales de aquella literatura que constituyen la fuente principal de su conocimiento fuera de su pequeña comunidad. A este motivo de sociología literaria se podría añadir la consideración general de que la estética realista, sobre todo en sus vertientes costumbrista y psicológica con una ambientación contemporánea, es la que ha venido gozando internacionalmente de las preferencias de la crítica oficial y del público mayoritario desde el siglo XIX hasta nuestros días. Si bien *Culan da Crestaulta* puede considerarse, en cuanto a su técnica literaria, una novela realista, e incluso

neorrealista al modo de su época, se enmarcaba en un género distinto, el de la narración histórica, que también ha tenido un gran cultivo en Romanchía paralelamente a la costumbrista rural representada por obras tan destacadas como «Il president de Valdei» [El alcalde de Valdei] (1975) de Gian Fontana (1897-1935). Sin embargo, esa narrativa histórica romanche, y más concretamente surselvana, ha ficcionalizado sobre todo episodios de la historia antigua y altomedieval de Recia y luego de los Grisones, el cantón suizo que engloba la Romanchía como comunidad hoy minoritaria en él, mientras que la época elegida por Halter en *Culan da Crestaulta* es tan lejana en el tiempo que, a falta de poder inspirarse en documentos escritos, esta novela de asunto arqueológico tiene un carácter mayormente especulativo, lo que impide considerarla parte de la *ficción histórica* propiamente dicha.

Su protagonista, Culan, es un joven criado en Crestaulta, una población alpina dedicada a la agricultura y la ganadería, y en la que aún se desconoce el trabajo del bronce. La gesta de Culan en la novela radica en llevar esa tecnología a su comarca, evitando al mismo tiempo, paradójicamente gracias a esa tecnología, que su aislada y más bien igualitaria comunidad neolítica de origen caiga en poder de un matón sin escrúpulos surgido de su seno y que aspira a ostentar en ella una de esas jefaturas jerárquicas que Culan, antes de poder regresar a su pueblo, había conocido y sufrido a lo largo de sus aventuras, a las que volveremos, en poblados palafíticos de Europa central y en tierras del sudeste europeo, donde ya imperaban

² Baseli Collenberg, «Entgins patratgs sur il roman *Culan da Crestaulta*» [Algunas reflexiones sobre Culan da Crestaulta], en Toni Halter, *Culan da Crestaulta*, Mustér, Desertina e Romania, 1989, pp. 282-294.

³ Nicolaus Caduff, «Sils fastitgs dil bronz» [Sobre las huellas del bronce], en Toni Halter, *Culan da Crestaulta*, Cuira, Chasa Editura Rumantscha, 2014, pp. 301-306.

⁴ *Culan, der Pfadsucher von Crestaulta* [Culan, el explorador de caminos de Crestaulta], traducción alemana de Stephan Schuler, Disentis, Desertina, 1959, con reedición en 1974.

unos protoestados esclavistas típicos de la Antigüedad mediterránea y próximo-oriental. De esta manera, el crecimiento y maduración personales de Culan, que constituyen la dimensión educativa de la novela como *Bildungsroman* o novela de formación, se compenetra perfectamente con la dimensión histórica o, mejor dicho, prehistórica de la novela. Esta se inscribe así en el universo, generalmente poco apreciado por la crítica literaria académica hasta hace pocos años, de la ficción llamada *prehistórica*, normalmente centrada en el Viejo Mundo⁵.

Dentro de esta clase de ficción cabe distinguir dos grandes grupos, uno constituido por las obras ambientadas en el período paleolítico y otro formado por aquellas cuya ambientación es posterior al inicio de la sedentarización humana, desde la invención de la agricultura y la domesticación de los animales hasta el dominio de la metalurgia del bronce, a partir del cual se consolidan los primeros Estados en las regiones cercanas al Mediterráneo oriental, unos Estados cuyas necesidades burocráticas estimularon la invención de la escritura y la consiguiente

entrada del ser humano en la historia documentada. Este período de formación de las civilizaciones a través de la constitución de sociedades organizadas cada vez más complejas lo denominaremos *neolítico* para diferenciarlo del *paleolítico* de aquellos lejanos grupos humanos nómadas dedicados a la caza y la recolección. Esta distinción es aquí literaria y no arqueológica, y la aplicamos únicamente a efectos de la diferenciación entre dos clases de ficciones ambientadas en la prehistoria cuyos temas y su tratamiento difieren tanto como las propias edades a que se refieren. Según la clasificación que adoptamos, las *ficciones paleolíticas* describen «la vida violenta de los cazadores. Los grandes viajes, la lucha contra las fieras y la conquista de las primeras técnicas son su tema principal»⁶. En cambio, las *ficciones neolíticas* «tienen sobre todo como tema la evolución de las leyes sociales y de las religiones, la guerra o los intercambios comerciales, los contactos entre civilizaciones, la gloria de los jefes y las sutilezas de una política a escala del mundo conocido»⁷.

Culan da Crestaulta forma parte claramente de este segundo grupo. Incluso

⁵ Entendemos por «Viejo Mundo» aquellas regiones que estuvieron en contacto cultural directo o indirecto desde la Edad del Bronce en adelante, lo que excluye el Nuevo Mundo de América y el Novísimo de Oceanía, así como las regiones de la Eurasia polar y del África subsahariana que no mantuvieron apenas relaciones con el exterior hasta los inicios de la expansión colonial europea. Existen numerosas ficciones ambientadas en la prehistoria y protohistoria de esas regiones de fuera del Viejo Mundo, pero no suelen estudiarse en el marco de la *ficción prehistórica*.

⁶ «la vie violente et libre des chasseurs. Les grands voyages, la lutte contre les fauves et la conquête des premières techniques est leur sujet principal».

⁷ «ont surtout pour sujets l'évolution des lois sociales et des religions, la guerre ou les échanges commerciaux, les contacts entre civilisations, la gloire des chefs et les subtilités d'une politique à l'échelle mondiale, celle du monde connu». Ambas citas proceden del estudio siguiente: Marc Guillaumie, *Le Roman préhistorique. Essai de définition d'un genre, essai d'histoire d'un mythe* [La novela prehistórica. Ensayo de definición de un género, ensayo de historia de un mito], Talence, Fedora, 2021, p. 368. Conviene indicar, no obstante, que Guillaumie clasifica en el mismo grupo las ficciones ambientadas en el Neolítico y aquellas que lo hacen en la protohistoria, es decir, entre los pueblos sin escritura, pero que ya habían entrado en contacto con civilizaciones históricas (Grecia y Roma sobre todo en el caso de la Europa antigua *bárbara*), de modo que los testimonios escritos de esas últimas ofrecen información positiva sobre aquellos pueblos así convertidos en *protohistóricos*. En cambio, en el Neolítico y en las primeras edades de los metales en Europa (edades del cobre y del bronce), no existen fuentes documentales ni internas ni externas, por lo que la reconstrucción de su civilización es tan especulativa como las de las culturas del Paleolítico.

podría considerarse que lo abarca, ya que Halter hace coincidir en su novela comunidades que representan los estadios principales de la protohistoria literaria, desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce, incluso si así ha de hacer cierta violencia a la arqueología al presentar como neolítica la comunidad alpina de Crestaulta, pese a que la excavación del yacimiento de este nombre, situado en el valle surselvano de Lumnezia de donde era originario Halter, había sacado a la luz objetos de bronce muy bellos. Sin embargo, de haber descrito una Crestaulta ya dominadora de la metalurgia de esa aleación metálica, Halter no habría podido explotar el tema del desarrollo histórico propiciado por la tecnología correspondiente, ni tampoco habría podido confrontar modelos políticos y sociales diferentes, y la posición y el destino del individuo en cada uno de ellos.

En primer lugar, tendríamos el más primitivo, por así decir, que sería el de la comunidad agraria de Crestaulta, en la que los ritos y costumbres heredados dictan leyes tradicionales no promulgadas que se hacen cumplir mediante mecanismos colectivos de control social, de forma análoga a como los había descrito Friedrich Theodor Vischer (1807-1887) en su novela *Der Besuch* [La visita], intercalada en una novela de formación más extensa y de ambiente contemporáneo titulada *Auch Einer* [Uno también] (1879). En *Der Besuch*, un joven religiosamente inconformista ha de huir del influyente clero de una comunidad neolítica. En *Culan da Crestaulta*, el adolescente protagonista se queda huérfano de padre y ha de exiliarse de su comunidad también neolítica, abandonando a su madre y a su novia Durana, tras cometer una grave falta ritual por defender la memoria de su progenitor, con la consecuencia de que su pueblo lo persigue para quemarlo en la hoguera. En una secuencia digna de la mejor

narrativa de aventuras, el joven consigue zafarse milagrosamente de sus perseguidores. En su huida, llega a una comunidad más avanzada, en cuyos poblados de Latsa y Zulsa su puntería y otras destrezas suyas hacen que Agrun, el caudillo de la comarca, le confíe la educación atlética de su hija, la hermosa y vengativa Derwa. Esta gana efectivamente las competiciones para las que Culan la prepara, pero al rechazar este, fiel al recuerdo de Durana, las insinuaciones amorosas de la muchacha, el padre de ella no duda en ejercer su poder y vender a Culan a un mercader oriental. Con esta traicionera venta observamos que el sistema más jerárquico, aunque todavía previo al estatal, no posee los controles internos suficientes como para impedir que quien ostenta el poder actúe según su real voluntad y venda como esclavo a Culan y otros jóvenes como él para obtener el bronce que marca su poder y alta posición en el contexto de una sociedad que, a diferencia de Crestaulta, ya se ha internacionalizado mediante el comercio.

En la novela publicada en 1955 se produce entonces un salto temporal de siete años. Culan regresa entonces a Crestaulta con su amigo y auxiliar Sparc. Una conversación entre ellos resume sus peripecias durante el tiempo transcurrido lejos de su tierra, entre los orientales que lo han esclavizado, aunque luego Culan consigue no solo la manumisión, sino hasta aprender el trabajo del bronce. En su pueblo ya habían olvidado su ofensa ritual, entre otras cosas porque, entre los acontecimientos producidos mientras tanto, figura el descubrimiento de que el asesino del padre de Culan había sido el violento y ambicioso Ischga, el aspirante a convertirse en el caudillo de Crestaulta y a la mano de Durana, quien todavía añora al adolescente huido. A consecuencia de tal revelación, el matón ha de salir de Crestaulta, lo que aprovecha para

mudarse a Pilac, un poblado rival, y preparar allí la guerra contra su comunidad de origen, con la intención de apoderarse de toda la comarca y erigirse en su caudillo, como vértice de una nueva pirámide social análoga a la de regiones ya partícipes en las redes y jerarquías del bronce. Para su desgracia, el regreso de Culan desbarata sus planes. Pese a que su propia madre lo traiciona por el temor a las fuerzas superiores de los partidarios de Ischga, Culan consigue derrotarlas gracias a sus armas de bronce y a su superior estrategia. La muerte en combate del asesino invasor salva definitivamente a Crestaulta de convertirse en un (pre)Estado con la población sometida y despojada de sus antiguas libertades y relativa igualdad, pues Culan se niega a asumir poder alguno. Su felicidad radicarán en una vida tranquila al modo tradicional de su pueblo, en compañía de su amada Durana.

Este doméstico final feliz se opone al esquema de tantas ficciones cuyos héroes sin tacha vencen al mal y sus representantes en batallas épicas, a raíz de las cuales ocupan merecidamente el trono al que los han hecho merecedores sus extraordinarias cualidades. Así ocurre, dentro de la *ficción neolítica*, en la primera novela de ese género de que tenemos noticia, «The Story of Realmah» [Historia de Realmah], que constituye la pieza central del libro misceláneo *Realmah* [Realmah] (1868) de Arthur Helps (1813-1875). Sin embargo, ya bien entrado el siglo xx, esta visión *monárquica* del ascenso de un joven héroe al poder, tras vencer todos los obstáculos puestos por la naturaleza y por los hombres, había dejado paso a esquemas argumentales más semejantes al adoptado por Halter en *Culan da Crestaulta*. Este es el caso, por ejemplo, de la novela de Сергей Викторович Покровский (Serguéi Víktorovich Pokrovski, 1874-1945) titulada *Поселок на озере* [La aldea del lago] (1940),

en la que las peripecias de su protagonista, Uomi, coinciden en líneas generales con las de Culan, incluido el enfrentamiento decisivo con su mayor rival, también un matón asesino. Esa lucha se salda con el triunfo del joven antes marginado y el restablecimiento del ordenamiento comunitario tradicional. La clara semejanza entre esa novela rusa y la romanche posterior han de atribuirse a mera coincidencia, porque su traducción alemana solo se publicó en 1964. Además, las diferencias entre ambas narraciones también son notables. El soviético escribió una pura novela de aventuras y no se esforzó demasiado por otorgar un carácter humanamente complejo a la figura de su joven héroe, al contrario que Halter. Desde este punto de vista, de haber presentado un proceso de conquista personal del poder, el autor surselvano habría faltado a la honda verosimilitud psicológica característica de su *Culan da Crestaulta*.

Aunque Culan posee cualidades físicas y morales sobresalientes, no deja de ser un adolescente desamparado que se ve envuelto a su pesar en tragedias colectivas, frente a las cuales él reacciona lo mejor que puede para no perder la vida ni sus valores morales propios, cifrados en su sentido de pertenencia igualitaria a su familia y comunidad. No es nunca un héroe sobrehumano de epopeya, pese a que la novela que protagoniza es a menudo épica, tal y como indican episodios en que él y los suyos han de afrontar peligros existenciales para el pueblo, sea el ataque concertado de los lobos en invierno al principio de la novela, sea el de los enemigos humanos en la guerra descrita con extraordinario vigor e impresión de realidad viva en su último capítulo. Esta épica es, pues, *realista*, por así decir, tanto por su desarrollo como por sus móviles, perfectamente justificados por el curso de los acontecimientos desde el lejano asesinato del padre de Culan.

Por otra parte, Halter deja margen a la fantasía, como veremos, sin contar las felices casualidades que salvan la vida y la libertad de su héroe, como si hubiera una Providencia que lo reservara para su intervención decisiva en el desenlace de la novela.

El costumbrismo retrospectivo de Halter, que no es nada estático, acoge una discreta especulación que va más allá de los datos arqueológicos que emplea de forma natural, sin llamar enfadosamente la atención sobre sus amplios conocimientos. A su atención hacia la verosimilitud de los paisajes naturales y humanos evocados se suma un logrado esfuerzo por presentar las mentalidades y visiones del mundo de las culturas que recrea, hasta el punto de incluir en su novela dos breves narraciones mitográficas que ilustran la imaginaria religión pagana de Crestaulta y Zulsa y que constituyen, además, unos de los pocos ejemplos en su género prehistórico de *mitopoiesis* o invención de mitos de fingida tradición oral. Estos mitos, además de la inventiva onomástica, acercan *Culan da Crestaulta* a la fantasía épica, con la que la une asimismo su planteamiento narrativo en torno a los trabajos de un héroe, hasta alcanzar la final *eucatástrofe*. No obstante, se trata más bien de meras coincidencias, pues no existía aún en 1955 conciencia de la fantasía épica como tal, mientras que la *ficción neolítica* era ya un género bien consolidado entonces, principalmente a raíz de las numerosas narraciones sobre las poblaciones lacustres a que había dado pie el descubrimiento en 1854, en el lago de Zúrich, de los vestigios materiales de la primera comunidad agraria conocida por la arqueología. Su primer estudioso, Ferdinand Keller (1800-1881), emitió la hipótesis de una civilización formada por poblados palafíticos sobre el agua de los numerosos lagos de la región alpina. Los escritores pronto se inspiraron en aquel hallazgo para recrear especulativamente en su ficción la vida de aquellas poblaciones, tal como

lo hicieron en el siglo XIX Helps y Vischer en las novelas *neolíticas* arriba citadas, además de Élie Berthet (1815-1891) en la titulada «La cité lacustre» [La ciudad lacustre], incluida en su volumen de narraciones de la prehistoria *Le monde inconnu* [El mundo desconocido] (1876), y J.-H. Rosny Aîné (Joseph Henri Boex, 1856-1940) en *Eyrimah* [Eyrimah] (1893).

Este género *lacustre* tuvo un importante desarrollo en Suiza, cuna de esta arqueología y donde los lacustres pudieron servir de ancestros nacionales comunes a un país culturalmente heterogéneo. Entre los cultivadores suizos de esta clase de ficción, tuvo un enorme éxito popular Franz Heinrich Achermann (1881-1946), cuya novela *Der Schatz des Pfahlbauers* [El tesoro del palafitero] (1918) se desarrolla en la Edad del Bronce final en una ciudad lacustre sobre palafitos, cuyo monarca se deja manipular por un astuto griego con tal de satisfacer su sed incontenible de oro, hasta el punto de que ataca a traición una ciudad lacustre vecina para apoderarse de su áureo tesoro y ni siquiera duda en vender a su esposa y sus hijos en su codicia desmedida de aquel metal, hasta que su ambición y las maquinaciones del griego son vencidas por el heroísmo del príncipe de la ciudad derrotada y esclavizada. Este es un joven que podría considerarse un personaje precursor de Culan por sus aventuras como fugitivo, si bien el protagonismo de su joven héroe en la novela de Halter es mucho mayor que en la de Achermann. En esta, la figura central es más bien aquel griego maligno y rudo de la Edad del Bronce, ciertamente más parecido a los violentos y toscos héroes homéricos que a los refinados intelectuales que alimentarían la posterior concepción idealizada y tópica del hombre griego clásico o helenístico. Es aquel tipo helénico arcaico de Achermann el mismo que Halter adoptaría para caracterizar al cruel mercader oriental de esclavos a quien Culan ha sido vendido.

Aunque pueda extrañar que se califique de oriental a un griego, siendo Grecia la supuesta cuna de Europa y Occidente, el adjetivo está plenamente justificado por razones históricas, ya que los griegos eran orientales desde la perspectiva geográfica de los Alpes y desde la cultural de quienes vivían en una sociedad tradicional europea antigua, mientras que aquellos griegos de los tiempos del bronce vivían y pensaban entonces a la manera de los habitantes de los grandes imperios y ciudades-Estado coetáneas de Levante (Egipto, Anatolia, Fenicia, etc.). Sin embargo, no sabemos del origen oriental griego del esclavizador de Culan por la novela en la versión publicada por Halter, sino por la versión alternativa de *Culan da Crestaulta* con un noveno capítulo que cuenta algunas de las aventuras del protagonista lejos de su pueblo, tras sus peripecias en las ciudades lacustres. En este noveno capítulo es donde se especifica que el mercader oriental es griego y, además, se mencionan los etruscos y la ciudad iliria imaginaria de Sirmin en la confluencia de los ríos Sava y Danubio, donde transcurre parte de la acción. De esta manera, «Sils fastitgs dil bronz» pertenecería a la *ficción protohistórica*, más que a la *neolítica*, pues aquellos gentilicios corresponden más bien a la Edad del Hierro prerromana y designan a pueblos protohistóricos e incluso ya históricos.

Aunque no habría sido descabellado creer que griegos, etruscos e ilirios ya ocuparan sus territorios históricos desde varios siglos antes, y concretamente en la Edad del Bronce ágrafa e incluso en el Calcolítico y Neolítico tardío, su presencia en «Sils fastitgs dil bronz» implica unas libertades con la cronología arqueológica

que tenían precedentes en *Der Schatz des Pfahlbauers* de Achermann, así como en otros escritores que se acogieron como él a la libertad propia de la ficción, la cual no tiene por qué atenerse a las exigencias de rigor arqueológico de un texto científico, aunque sea divulgativo. A la ficción prehistórica le basta con dar una impresión general de época. No obstante, tales libertades debieron de parecer finalmente chocantes al rigor intelectual de Halter y llevarlo a omitir la publicación de ese capítulo, cuya lectura en su versión mecanografiada, con escasas correcciones a mano, hace pensar que estaba ya listo para su publicación como parte de *Culan da Crestaulta*. Por otra parte, su omisión quizás vuelve demasiado brusco el salto de siete años en la narración de la vida de Culan, entre su adolescencia neolítica y su juventud metalúrgica, además de privar a los lectores de una etapa importante de su maduración como personaje. Por eso convendría quizás restituir este capítulo a la novela en alguna reedición futura, indicando tipográficamente de alguna manera su peculiar estatuto textual. Esto ya resulta posible debido a la presente publicación de este capítulo inédito en su original romanche y en nuestra traducción al castellano. Tras conocer el testimonio de Nicolaus Caduff al describirlo brevemente en el estudio publicado en apéndice a su edición de *Culan da Crestaulta*, nos pusimos en contacto con Pieder Antoni Halter, nieto del autor, quien localizó el texto en el archivo familiar y nos hizo llegar una copia escaneada, con la preceptiva autorización para poder darlo por fin a conocer aquí⁸.

Este capítulo se titula «Sils fastitgs dil bronz»⁹ [*Sobre las huellas del bronce*] y no

⁸ Conste nuestro sincero agradecimiento al Sr. D. Pieder Antoni Halter por esta amable autorización suya y por la oportunidad que así nos ha brindado de rendir este servicio a la literatura romanche.

⁹ El texto reproducido sigue fielmente, previa corrección de las escasísimas erratas evidentes, el del documento mecanografiado, incluida su puntuación, que sigue a veces las normas alemanas en vez de las romanches. En caso de corrección a mano, hemos seguido la lección textual corregida del autor en sustitución del texto tachado. El único problema textual digno de mención que plantea el capítulo es el nombre de un personaje femenino que aparece con las variantes

está numerado, como tampoco lo están los demás de *Culan da Crestaulta*, cada uno de los cuales es una unidad narrativa relativamente autónoma. Esta estructura es especialmente operativa en «Sils fastitgs dil bronz», donde breves alusiones a personajes y hechos anteriores sirven para que los lectores puedan hacerse una idea de los sucesos de Latsa y Zulsa que habían desembocado en la esclavitud de Culan, sin necesidad de entrar en pormenores repetitivos. Por lo demás, las peripecias de aquel como esclavo constituyen una historia distinta y completa en cuanto a su trama y desarrollo, por lo que su escisión del conjunto no resultaba demasiado difícil, como tampoco lo resulta su lectura como narración independiente.

Esta lectura del texto como ficción autónoma se justifica también por el cambio de atmósfera. Del mundo alpino pasamos a un trayecto sobre el Danubio hacia la ciudad-mercado donde el tratante oriental pensaba poner a la venta los esclavos obtenidos en los Alpes, incluido Culan. En el camino, el ataque de un león a los navegantes desembarcados en un claro del bosque ribereño para comer y descansar constituye una infracción del principio de verosimilitud realista que Halter había seguido hasta entonces en su novela, pues tal animal era un imposible faunístico en aquel paisaje y época. Este fue tal vez otro motivo por el que Halter decidió no publicar el capítulo, ya que el otro ataque animal presentado en *Culan da Crestaulta*, el de los lobos hambrientos al principio de la novela, sí era perfectamente creíble. La elección del león pudo deberse, en cambio, a la imagen de fiera salvaje que entraña la figura simbólica de aquel animal, cuya ferocidad podría resultar más expresiva literariamente que la de cualquier otro. Su temible majestad justifica, además, la reacción

mortal de Fatem, la joven esposa del esclavista, así como el heroísmo de Culan al salvarla tras arrancar la lanza a su guardián y arrojarla a la fiera.

El mismo león reaparecerá al final del capítulo, en un paralelismo narrativo que sirve para poner de relieve la diferente catadura ética de los dueños sucesivos de Culan. La intervención de este había merecido tanto la gratitud de la joven salvada, quien le regala una valiosa fibula de bronce como recompensa, como una primera manumisión concedida por su amo griego. Este último es, sin embargo, demasiado malvado como para aceptar sin celos ni venganza la actitud generosa de su mujer hacia el apuesto y valiente esclavo, y acaba haciéndola víctima de un crimen de los que hoy se llamarían de género, tras lo cual no duda en ‘agradecer’ el servicio rendido por Culan esclavizándolo de nuevo. Sin embargo, el joven aprovecha la primera oportunidad que se le presenta para escapar de su prisión marítima lanzándose al río, con el riesgo para su vida que Halter sabe describir con vivo detalle. Por desgracia, la fuga de Culan no se traduce en su libertad, pues su falta de experiencia y su desconcierto en un país con unos modos de vida muy avanzados en comparación con los de su tierra hacen que no sepa escapar de su condición de esclavo. La diferencia es que su nuevo dueño dista de ser tan cruel e inhumano como el mercader griego. Por una casualidad quizá excesiva, el nuevo amo no es otro que el padre de la joven infortunada a la que Culan había salvado en balde del león. La familia de ella desconocía su muerte, de la que se enteró gracias al testimonio del de Crestaulta, al que dan crédito definitivamente al volver a los parajes del ataque del león y matar a este, con lo que pudieron observar la cicatriz de su lanzada a la fiera. A consecuencia de ello,

de Fatemi, Fatim y Fatem sin razón aparente para tales diferencias. Lo hemos unificado como Fatem, que es el nombre que predomina en las últimas páginas del texto.

como recompensa que contrasta radicalmente con el pago dado por el traficante de esclavos, Culan es manumitido definitivamente e incluso pasa a tener la consideración de hijo y asociado a la industria metalúrgica de la familia de la difunta Fatem. Al presentarnos así dos maneras opuestas de tratar a un ser humano esclavizado, la cruel y desagradecida del griego y la justa de quien se transforma de amo en padre adoptivo, Halter sugiere que la moral y el heroísmo dependen de decisiones personales, más que de las circunstancias, tal y como indica también el hecho de que Culan, en vez de aprovechar la confusión para huir durante el incidente del león, hubiera robado una lanza para salvar a otro ser humano, sin pensar en las posibles consecuencias de su generoso arranque. Estas consecuencias serían nefastas para él antes de merecer el reconocimiento de otro amo, esta vez justo, por lo que es natural que Culan quisiera completar su formación humana y profesional a su lado, en vez de marcharse con su libertad recobrada.

La enseñanza ética que se puede extraer de estas peripecias es implícita. Halter suele evitar en general el didactismo expreso, pese a ocasionales frases sentenciosas de orden humano general. Ni siquiera presenta la esclavitud como un horror *a priori*, pues tal aserto habría incurrido en un grave anacronismo al aplicarse a la sociedad evocada. El trabajo forzado de una mano de obra servil era un uso comúnmente aceptado y sujeto a leyes que impedían, entre otras cosas, que un esclavo dejara de serlo tan solo con escaparse de su amo. Igual que nadie, ni siquiera Culan como víctima designada, se pregunta en *Crestaulta* por la justificación ética de quemar en la hoguera a un adolescente por una falta ritual, la esclavitud tampoco suscita extrañeza en una sociedad cuya estructura crecientemente jerárquica da a entender Halter mediante la descripción de las

actitudes y el trato mutuo entre los personajes pertenecientes a grupos sociales distintos (esclavos, empleados, patrones, etc.). A este respecto, las intervenciones del narrador son muy limitadas y tienden a explicar no tanto la realidad histórica, que se presenta siempre en directo como algo realmente vivido, sino los principios generales que subyacen a las reacciones psicológicas a que dan pie las circunstancias históricas objetivas. Estas reacciones se plasman mediante una variedad de procedimientos retóricos que evitan tanto la monotonía como la simpleza en la narración. Entre los ejemplos que podrían recordarse están el pasaje onírico que sugiere la confusión de Culan por su posición ambigua en relación con la esposa del amo griego y dentro de la jerarquía de la embarcación, tras su manumisión provisional. Otro podría ser el soliloquio vocal y gestual del guardián de esclavos que indica su frustración con el curso de su vida, frustración que paga con los desgraciados muchachos que custodia.

Estos pasajes frenan la acción y podrían parecer digresivos, pero son también los que sirven para hacerse mejor idea de la manera en que Halter se preocupa por contar sucesos atractivos en sí mismos, con elevadas dosis de aventura, pero sin supeditar a esta última su claro propósito de alcanzar un grado máximo de impresión de verdad, tanto en la pintura del ambiente como en la de los personajes. En *Culan da Crestaulta*, ambas cosas se combinan en un conjunto coherente al efecto de ofrecer un placer literario integral, pensado tanto para los lectores interesados en la emoción de las tramas como en aquellos que buscan también una satisfacción derivada del espectáculo de un universo ficticio profundo y variado, sin apenas hilos sueltos ni contradicciones internas o externas que resten valor intelectual a la recreación especulativa de aquella lejana

época. Por estos motivos, creemos no exagerar demasiado al afirmar que las cualidades aquí someramente expuestas pueden contribuir a justificar la categoría de *Culan da Crestaulta* como clásico de su literatura y obra sobresaliente a escala internacional de la *ficción neolítica*, tanto por sus cualidades narrativas propias como por su posición en la historia de aquel género, al haber acertado a aunar lo mejor de sus dos grandes corrientes en el siglo xx, la aventurera y la intelectual¹⁰.

Culan da Crestaulta se vincula a la tradición de la novelas de aventuras por su movida acción, llena de escapes en el último momento y súbitos cambios de fortuna, y por su focalización en un héroe ejemplar, siguiendo el esquema estudiado por Joseph Campbell (1904-1987) en *The Hero with a Thousand Faces* [*El héroe de las mil caras*] (1949), según el cual el héroe ha de abandonar la comodidad de su comunidad de origen para iniciar un periplo que lo enfrentará a graves peligros, los cuales vencerá, antes de regresar a su mundo aureolado con la fama de sus hazañas y dotado del prestigio necesario

para hacerla avanzar culturalmente, como en el caso de la novela ocurre con la tecnología del bronce traída por Culan. En cuanto a su relación con la narrativa intelectual moderna, conviene recordar que *Culan da Crestaulta* no se publicó en una editorial especializada en ficción para los jóvenes. Halter era un escritor de literatura general que se preocupó por ahondar en los móviles de los personajes y en su psicología en todas sus novelas, incluida aquella. Además, no siguió en ella los patrones estructurales heredados de la novela decimonónica tradicional, tal y como indica su estructura, basada en la yuxtaposición de módulos narrativos. Estos siguen la cronología lineal de los hechos, pero entre varios de los módulos hay elipsis considerables que invitan a una lectura activa de acuerdo con la exigencia, propia de la Modernidad literaria y artística, de una participación imaginativa de lectores y espectadores en la configuración mental de la obra. La forma en que se presenta, por ejemplo, el asesinato de la joven esposa por su marido esclavista en «Sils fastitgs dil bronz»

¹⁰ Tras su consolidación en la segunda mitad del siglo xix gracias a las novelas mencionadas de Helps, Vischer, Berthet y Rosny aîné, y a cuentos como «L'offrande à la déesse» [*La ofrenda a la diosa*] (1890; *Le miroir des légendes* [Espejo de leyendas], 1892) de Bernard Lazare (1865-1903) y «La vendeuse d'ambre» [*La vendedora de ámbar*] (*Cœur double* [Corazón doble], 1891) de Marcel Schwob (1867-1905), la *ficción protohistórica* se escindió en dos corrientes principales en el siglo xx. Fijando como fecha 1955 por el año de publicación de *Culan da Crestaulta*, tendríamos, por una parte, novelas de aventuras juveniles, tales como las citadas de Achermann y Pokrovski, *Bronzový Poklad* [El tesoro de bronce] (1932) de Eduard Štorch (1878-1956), *Ru the Conqueror* [Ru el vencedor] (1933) de Jackson Gregory, *Der Kampf der Sonnensöhne* [La lucha de los hijos del Sol] (1937) de Kurt Pastenaci (1894-1961) y *Oulgwy des Sables Verts* [Ulgwy de las Arenas Verdes] (1940) de Jean Vergriete (1906-1991). Por otra, tendríamos obras escritas según los usos más literarios de la intelectualidad altomoderna y tendentes a veces hacia la parábola, por ejemplo, narraciones breves como «The Sword and the Idol» [*La espada y el ídolo*] (1909; *A Dreamer's Tales* [Cuentos de un soñador] (1910) de Lord Dunsany (1878-1957), «Kab l'architecte» [*Kab el arquitecto*] (*La tasse de Saxe* [La taza de Sajonia], 1928) de Jacques Bainville (1879-1936), «War Comes to the World» [La guerra llega al mundo] (*A Saga of the Sword* [Saga de la espada], 1927) de F. Britten Austin (1885-1941), «Steague Fort» [Fuerte Steague] (*Barbarian Stories*) [Narraciones bárbaras] (1929) de Naomi Mitchison (1897-1999), «Der Regenmacher» [*El hacedor de la lluvia*] (1934; *Das Glasperlenspiel* [El juego de los abalorios], 1943) de Hermann Hesse (1877-1962) y «Els hereus de Xanta» [*Los herederos de Xanta*] (1934) de Lluís Ferran de Pol (1911-1995), y libros como *Norne-Gæt* [*Norne-Gæt*] (1919) de Johannes V. Jensen (1873-1950), *Steinbeil und Bronzeschwert* [Hacha de piedra y espada de bronce] (1924) de Johannes Dose (1860-1933), *Kampf der Gestirne* [Lucha de los astros] (1926) de Hans Friedrich Blunck (1888-1961), *Sonnensöhne* [Hijos del sol] (1934) de Karl Kanig (1881-1958), *Adam and the Serpent* [Adán y la serpiente] (1947) de Vardis Fisher (1895-1968) e *În valea Marelui Fluviu* [En el valle del Gran Río] (1955) de Felix Aderca (1891-1962).

constituye un buen ejemplo de ese moderno procedimiento elíptico, que queda luego subrayado simbólicamente por la renuncia del padre de la víctima a desenterrar el cadáver y comprobar así el crimen. En cambio, Halter es muy detallado al describir las circunstancias de la fuga de Culan en el Danubio, realzando así el peligro arrostrado por aquel y, en consecuencia, su valentía, tan heroica como creíble. De este modo, pese a los ocasionales defectos de verosimilitud que también pudieron llevar al autor a omitir este capítulo de su edición de *Culan da Crestaulta*, «Sils fastitgs dil bronz»

es fiel a aquello que hace de la novela entera una obra señera.

TONI HALTER

Sobre las huellas del bronce

En el Danubio, que dirige sus aguas en suave pendiente hacia levante, desde el corazón de Europa hacia la costa asiática, ese majestuoso río que fluye soñando por una llanura infinita solo interrumpida por colinas y collados boscosos, sobre ese río avanza una nave en el sol bajo de la tarde. No es una nave corriente, y menos aún una barca, sino una almadía con una casa y el espacio que la rodea, que recuerda más una empalizada que un vehículo de transporte. A unos altos mástiles está fijada una vela que, floja por un lado, cuelga hacia abajo como una bandera mojada. La vivienda, que ocupa el centro de la almadía, aunque pequeña, tiene dos pisos, lo que es comprensible si se piensa que la planta baja está expuesta más o menos siempre a quedar inundada por abajo y los lados. Del espacio inferior que hace de sótano parte una escalera hasta la cabaña superior. Un balcón forma la antecámara de aquel piso seco y elevado, que posee todas las condiciones de una morada confortable. El tejado de paja en

punta confiere a la construcción la apariencia redondeada de una colmena. Cuando la vela está desplegada y el viento es favorable, debe de ser un placer viajar sobre las ondas serenas del río para quien no tenga otra cosa que hacer que estarse en el balcón de la vivienda marinera contemplando pasar la vegetación en la ribera o el mágico tapiz del firmamento estrellado. Sin embargo, ahí también hace falta alguien que se ocupe de la realidad, que vele por que la nave siga su camino, que corrija con el remo y el timón la tendencia imponderable del elemento.

Esas fuerzas están presentes y, si hasta ahora no se las ha advertido, es únicamente porque no había sido necesaria su intervención. Ahora están ahí, surgidas de la sombra de detrás de la casa: una cuadrilla de figuras tangibles e hirsutas. Los hombres han empuñado sus remos y se preparan, hundiéndolos en el agua, a demostrar su existencia y habilidad. Una ojeada al contorno permite adivinar el propósito que se oculta tras sus preparativos. El río describe

aquí un meandro y los postes que sobresalen del agua y la orilla pisada detrás señalan el lugar de amarre. Se trata de un claro solitario en medio del inmenso bosque de hoja caduca, que debe su popularidad a un manantial de aguas cantarinas. Tras un caluroso día de verano, ese rincón se presenta a los navegantes del Danubio como un oasis a los viajeros del desierto.

Al acercarse la almadía al sitio previsto, la vida se anima en su cubierta. Los hombres de los remos maniobran con creciente precisión, empujan y frenan, ayudándose con el peso de sus cuerpos para sacar la nave de la corriente del río. El murmullo de sus voces, hasta entonces un zumbido confuso, adopta un ritmo disciplinado, dirigido por una voluntad superior. ¿Es el hombre del timón quien marca el compás o hay alguien por encima de él? Sin que se haya oído el menor chirrido, debe de haberse abierto la puerta de la cubierta superior, porque en el balcón aparece una persona nueva, de porte relajado y distinguido, y junto a ella, como su propia sombra, un perro. Hombre y animal parecen limitarse a contemplar lo que ocurre a su alrededor, pero si se presta más atención y se observa cómo las cabezas de los trabajadores se vuelven hacia ese punto central de la nave, nos inclinaríamos a suponer que hay algo más que simple curiosidad en quien mira allí hacia abajo. En efecto, tan pronto como la maniobra naval se completa y la embarcación queda sujeta a los postes, la figura se retira al interior de la cabina abierta.

Los hombres prosiguen su trabajo. Con el material a mano construyen una pasarela desde la nave hasta la orilla que permite desembarcar con los pies secos. Son cinco los que se reparten la tarea con afán entusiasta. El hombre del timón ha abandonado su puesto en la popa y se ha unido a los demás. Observa cómo avanza el trabajo y parece que, desde el momento en que la persona del balcón ha

desaparecido de su vista, posee la autoridad suficiente como para hacer que los trabajadores vuelvan la cabeza hacia él. Cruza primero la pasarela, pero solo para comprobar su solidez, pues regresa sin haber puesto pie en tierra. Sus hombres, entretanto, forman un pasillo a ambos lados, como si quisiesen impedir que alguien se equivocara al cruzar de la nave al embarcadero. Permanecen así unos instantes, hasta que la persona distinguida se digna aparecer.

¡Por fin! No nos sorprende reconocer en el hombre del perro al mercader oriental, el mismo que vimos ante la tienda de Agrun, el mismo que hizo entender a Culan lo que significa ser comprado por un comerciante de bronce. No nos sorprende, y, sin embargo, no podemos evitar mirar con asombro a ese extranjero al verlo salir de la casa naval del brazo de una figura femenina de aire encantador con el rostro oculto tras un velo, aparición angelical y delicada que no se esperaba hallar en un entorno tan rudo y, menos aún, del brazo de semejante patán. El hombre que había apoyado a sangre fría la punta de su lanza en la nuez de la garganta del joven montañés es pura amabilidad y cortesía en contacto con la mujer que cruza sobre la áspera cubierta de la nave, apoyada en su brazo. Los hombres bajan la cabeza ante los señores y permanecen inmóviles hasta que el grupo de tres (el perro cierra el séquito de respeto) ha alcanzado la orilla. Entonces cada cual vuelve a su puesto, cada uno a la ocupación que parece fijada por la costumbre del servicio. Siguiendo a su jefe, la mayoría de ellos cambia el remo por la lanza y se dirige a tierra, donde se dispersan por el perímetro del claro. Su apariencia guerrera permite suponer intenciones de caza o, al menos, de defensa contra la hostilidad de la selva. Uno de los más veteranos queda de guarda en la nave, mientras que el resto se provee de víveres y enseres de cocina y sigue las huellas de los demás.

Es la hora del almuerzo, el momento que pone también a los especuladores del bronce ante la necesidad elemental de la vida. No pasa mucho tiempo antes de que se alce una cortina de humo ante la extensión verde del bosque, señal de que el idilio de la hoguera campestre no ha perdido su atractivo, ni siquiera para esa clase de gente.

El hombre que ha quedado a bordo parece tener también claro su cometido. Merodea en torno a la caseta, cogiendo esto y aquello, y finalmente se equipa con una lanza. Un guarda debe ir armado, claro está, y nuestro hombre de cabellera descolorida se toma en serio su oficio. Examina su lanza como si fuera la primera vez que asiera su asta, y su mano acaricia la punta de bronce, que en manos del criado representa una riqueza desproporcionada.

¿Qué clase de pensamientos pueden cruzar su mente en ese instante?

¿Acaso no tuvo que vender su libertad para poder tener en la mano semejante tesoro? ¿Qué habría podido ofrecerle la vida si hubiese podido blandir esa arma en su juventud, sin hacer entrega de su persona? ¿Sería hoy otro, habría podido amar y ser amado, tener techo y familia! ¿Habría visto florecer su estirpe al acabar sus días!

La visión de una felicidad malograda es un tormento, una pena de réprobo, cuando la mueca del destino, que es hasta cierto punto la de la propia responsabilidad, arroja a la cara las palabras «demasiado tarde».

El hombre de a bordo parece sentir esa afrenta burlona, pues agita bruscamente su lanza en el aire, como si tuviera que luchar con un enemigo invisible. Entonces se mueven sus labios y la expresión de su boca se endurece y vuelve amarga:

—¡Canalla maldita!

Sus propias palabras lo sobresaltan y ese sobresaltarse a sí mismo suele tener un aire

cómico. Debe seguir reflexionando y la sonrisa que asoma a su rostro es el reflejo de un nuevo entendimiento: ¡siempre es lo mismo, todo se repite bajo el sol!

Empuñando su arma como debe hacerlo un guarda, recorre los pasos que lo separan de su obligación y, mascullando entre dientes, pronuncia estas palabras:

—¡No debéis llevarlo mejor que otros!

El hombre para delante del sótano de la empalizada. Aunque oscuro y húmedo, el sitio tiene una puerta que permite suponer que sirve para algún uso en la rutina marinera. Lo incomoda tener que desplazar el cerrojo con una sola mano, pero, una vez lo ha conseguido, empuja la hoja con un golpe contra la pared

—¡Vamos, deprisa! —retumba su voz en el sofocante cuchitril.

Murmullo y rumor de voces ahogadas. Entonces aparece una figura humana en el umbral que arrastra tras ella a otras dos semejantes. Las personas están atadas de pies y manos y encadenadas unas a otras. El movimiento les resulta tan dificultoso que el mero hecho de salir de su encierro ya es una faena agotadora. Avanzan con tanta lentitud que la paciencia del vigilante se pone a dura prueba. En cuanto puede, agarra la cuerda por un cabo y la hala de un tirón. El resultado es que su gente queda tumbada boca abajo a sus pies.

—Os voy a enseñar a correr —resuena su voz, que retumba profundamente en el bosque, y saca del cinturón un látigo de mango corto y con un manojo de correas colgantes.

Sus víctimas no emiten sonido alguno y se esfuerzan, como buenamente pueden, por ponerse en pie. Esa es la única táctica para librarse del castigo, y quién podría decir cuántos intentos necesitaron los novatos para entender esa regla... Ahora se incorporan ante su caporal, y la fusta blandida pasa sobre sus cabezas como un trueno sin rayo.

¡Culan! ¿Es él o no es?

El hombre ha soltado al primero del grupo las ataduras de las manos. Este aprovecha la libertad para apartarse el cabello de la frente. Sí, ¡es él de verdad!

Pero ¿qué aspecto tiene? Sucio y pálido, con ojos y labios que delatan la falta de agua fresca y de aire. Pero es Culan, el tipo montañés de carácter reservado y mirada franca, el joven que soñaba con la libertad de los rebecos y que había descubierto la cueva de los esclavos. Es él, pero la dura experiencia parece haber hecho de él otro hombre. ¿Tal vez sea el mismo y sea solo la desfavorable condición del momento lo que ciega nuestra mirada? Dejemos que sea el futuro quien dé la respuesta.

¿Y quiénes son los otros? ¡Gente joven, por supuesto! El valor del esclavo reside en su juventud. Son dos muchachos de la misma edad de Culan y, si no nos equivocamos, incluso conocidos: ¡Zacca y Sparc! ¡Los dos compañeros de Latsa, en compañía de Culan! Esto era obra de Derwa: se había vengado sin hacer distinguos para que no quedara ningún testigo que pudiera recordarle su decepción. ¡Qué satisfacción para su orgullo mancillado si hubiera podido ver en ese momento al desdeñoso de su amor, encadenado a los rivales e intrigantes, marchando por la almadía del mercader, rendido y humillado, con el paso trabado del cautivo!

En verdad, no se camina demasiado bien con grilletes en los pies, que solo permiten pasos cortos, pero avanzar, se avanza. El ejercicio ya ha aliviado algo la dificultad. Culan delante, los otros detrás y, cerrando la comitiva, el guarda, con una mano agarrando el cabo de la cuerda y con la otra la lanza: así se mueve el grupo en torno a la casa de la nave. Entretanto, el sol se pone y al fondo del claro se alza una columna de humo contra la inmensidad de un firmamento azul grisáceo.

El transporte de esclavos es más complicado que el de cualquier otra mercancía. Requiere medidas preventivas contra la fuga, una dura disciplina para suprimir la resistencia y, además de toda esta fatiga, algo de atención a la salud y el bienestar personal de los sometidos. En el mercado, los candidatos deben presentarse, pese a las vejaciones sufridas, con aspecto rubicundo y miembros vigorosos ante el ojo calculador del comprador.

Ese era el motivo por el que a los forzados se les abría la puerta una vez al día y se los obligaba a marchar con su caporal rodeando las esquinas de su prisión. Tras ese ejercicio tocaba un baño y una comida suficiente, con lo que el hombre del oficio sabía que el esclavo podía subsistir.

Tanto el guarda como sus siervos se habrían alegrado de dar por terminado el corro al llegar la señal que esperaban de la orilla, la señal de la comida lista, pero se retrasaba el momento deseado, y el hambre y la impaciencia chisporroteaban en los ojos de los condenados como las llamas de un incendio contenido.

¡Ya! Un ruido se había oído en alguna parte, pero ¿qué ruido?

El grupo de forzados se ha detenido de golpe. Antes de caer en la cuenta de lo extraño de la cosa, es testigo de una escena insólita. Desde el fondo del claro llegan los tripulantes de la nave, vociferando y agitando los brazos, corriendo por sus vidas. Al borde del bosque aparece y desaparece algo relumbrante de color pardo amarillento, y que ahora se planta allí con majestad estremecedora: ¡el león!

A sus pies yace la presa que ha cazado; no se puede distinguir qué es, pero a los espectadores de la nave se les hiela la sangre.

El rey de la pradera alza la cabeza con su melena temblorosa y mira hacia los fugitivos. Sus gritos y alaridos irritan sus nervios. Da un salto sobre lo que yace en el suelo y se lanza en rápida carrera sobre las huellas de sus

provocadores. Un pánico mortal se apodera de los amenazados y les nubla la vista. Los que están delante se apresuran hacia el embarcadero, sin reparar si resiste o vuelca; otros los siguen y caen al agua. Todos huyen, pensando en sí mismos, hacia la salvación o la perdición, pero fuera del camino tremendo de la muerte en persona. ¡Rápido, rápido, o será demasiado tarde! ¡Ah, hecho! ¡Ya está hecho! La ribera se ha vaciado: en el agua o sobre la pasarela, todos han desaparecido... ¡Alto! Ella había soltado la mano de su protector en el último segundo. Él se ha hundido en las aguas y ella ha caído hacia atrás en la orilla, en las fauces del gran asesino.

¡Un grito agónico, uno solo! El pavor le ha paralizado la voz, pero la mujer se yergue de rodillas y mira de frente al animal carnicero.

Este se detiene en su carrera, sorprendido al ver una presa que, en lugar de huir, realiza un gesto contrario al habitual. Se agazapa como lo hacen los gatos y contempla, a la distancia de un par de pasos, a la extraordinaria criatura. Mientras su cabeza imponente se inclina acariciándose las patas en reposo, agita rítmicamente la cola golpeando los tallos de los juncos. La situación es tan peligrosa, la desgracia tan palpable y cercana, que todo queda inmóvil. Lo inevitable se producirá en un instante.

¡Ahora! El aire despide un sonido silbante. El animal, aterrado, se transforma en una bestia furibunda, pero interrumpe su salto hacia adelante, gira en un torbellino desesperado sobre sí mismo. La lanza, clavada profundamente en su costado, es el objeto de su tormento y de su rabia inconmensurable. El berrido del animal herido se pierde en una nube de polvo y de hierba arrancada; luego se aleja y desaparece, y el león ya no está donde estaba.

Entonces se disipa la tensión como por arte de magia. Quien tiene un arma en la mano, la blande con bravura; quien tiene las manos libres, muestra el puño, y quien tiene al menos

la boca fuera del agua, grita y amenaza. Brazos fuertes levantan del suelo a la desventurada dama y la llevan a la nave. Aquellos solo medio salvados y que cuelgan de las bordas de la almadía, son izados a bordo. Entre ellos se halla el mercader. Su primera preocupación es por la señora. Los sirvientes lo ven de rodillas ante una cara pálida con los ojos cerrados y observan cómo tiembla por el pulso de una vida humana.

Solo uno permanece extrañamente tranquilo: ¡Culan! Tiene los pies trabados; de lo contrario, ya no estaría allí. En el momento crítico había agarrado la lanza de las manos del guarda, sin que este se diera cuenta, y había resuelto la situación. Le habría bastado dar un tajo a la cuerda, le habría bastado pensar en sí mismo en vez de preocuparse por su prójimo, y sería un hombre libre. ¿Debe arrepentirse de lo que ha hecho? La voz del corazón dice que no; la del instinto no dice nada. Y el instinto es la voz de la experiencia.

La señora, que los sirvientes han visto sin velo, saboreando en sus rasgos pálidos la belleza y la juventud de la mujer, ha abierto finalmente los ojos. Vive y respira, pero su espíritu está ausente, como envuelto en el velo del espanto. El oriental puede mostrar ahora su rostro más amable, puede hablar en todos los tonos de la escala de la ternura, pero la mirada de la mujer sigue ensimismada como la de alguien que sueña presa de una pesadilla. Los criados están perplejos, van y vienen como perros apaleados y no encuentran ni palabras ni consuelo para el hombre al que temen. Saben qué hacer ante la autoridad, ante una orden y una amenaza, pero ante la aflicción de su señor no saben hacer nada. La compasión que han debido reprimir hacia sí mismos se ha extinguido también en su trato con el prójimo.

El mercader está lo bastante alerta como para percibir la crisis del momento. Quien se funda en la doma debe saber que detrás

de la obediencia se oculta la rebelión y que es necesaria una presión constante para que el agua forzada a ir por la parte contraria a su naturaleza no vuelva atrás. Se pone en pie, adoptando de nuevo su porte de fría indiferencia, y ordena la partida. En un instante, los hombres están en sus puestos. No necesita contarlos: ve que falta uno, y sabe que no volverá. El perro también ha desaparecido, y es mejor así, pues de lo contrario su amo no estaría allí. Fue él quien descubrió y delató la presencia del león, el cual, buscando seguramente el manantial, se había escondido en la espesura. Junto con el criado imprudente, había retenido a la fiera el tiempo suficiente para la huida de los demás. El oriental sabe calcular la pérdida de un perro y de un hombre, pero no sería un negociante si no hubiera aprendido a adaptarse al juego lunático de las pérdidas y ganancias.

Viendo que todo transcurre según lo previsto, se atreve de nuevo a ocuparse de lo que más le importa.

—Fatem, ¿me oyes? —susurran sus labios.

Es un hombre atractivo de mediana edad, de rostro moreno y barba cuidada, con unos ojos grises que irradian calidez y pasión. Lo que impide que resulte simpático es la expresión de astucia que tiñe cada uno de sus rasgos.

Vuelve a llamar a la desdichada, esta vez con tal fervor que la astucia se borra un instante bajo el reflejo de un sentimiento sincero. El grito del corazón no queda sin respuesta. Sobre la faz pálida de Fatem se extiende un leve rubor, como si la sangre hubiera regresado a aquella región tras una larga ausencia. Ella cierra los ojos, y cuando los vuelve a abrir, ya es otra su mirada. Sus ojos buscan y reconocen.

—¿Dónde está el león?

—¡Huido!

—¿Y quién ha hecho huir al león?

El oriental vacila un instante. ¡Qué fácil sería decir: «Fui yo»! Pero ¿quién sabe si la

mirada de la recién despierta no había grabado en su fondo, no había revelado aún la imagen de su verdadero salvador?

—Fue un esclavo —responde, sonriendo.

—Muestra a Fatem ese esclavo —ruegan los labios de la joven, y su deseo es tan intenso que le da la fuerza necesaria para incorporarse.

El mercader llama al más anciano de los marineros, a aquel a quien llamamos el guarda, y le pregunta en tono severo:

—¿Dónde está el esclavo de la lanza?

—En su sitio con los demás —responde el criado.

—¡Ve a buscarlo!

El guarda tarda un momento en ejecutar la orden. Mientras tanto, el mercader conduce a su esposa recobrada a su morada común. Ahora tenemos la ocasión de contemplar a la persona que, en el curso del suceso, se había presentado a nuestros ojos como una fugitiva aparición fantasmal. Fatem es joven, quizá demasiado joven para ser otra cosa para el mercader que una hija. Aunque desarrollada con toda la riqueza de la naturaleza femenina, parece que en esa rosa recién abierta aún brilla el rocío de la mañana virginal. Fatem es hermosa de rostro y figura, pero el hermoso encanto de su ser reside en sus ojos oscuros, que irradian la ingenuidad de un asombro infinito. No sorprende que el mercader adore a esa criatura llena de gracia, tan opuesta a su propia naturaleza, y que proteja su posesión con los celos fanáticos de quien posee sin derecho. Por otra parte, también comprendemos que la joven, que saborea con dichosa embriaguez la aurora de su existencia, quiera guardar para sí misma el derecho a la ilusión frente al mandato egoísta de una voluntad ajena.

Culan es presentado ante la pareja en el balcón de su vivienda flotante, atado de pies y manos, tal como había salido de su encierro. Quien lo conduce recibe la orden de retirarse.

Los tres quedan solos, unidos por un lazo de fatal dependencia que un destino inescrutable había apretado sobre ellos. Se miran unos a otros, y cada cual reflexiona para sí sobre el pro y el contra de ese encuentro. Lo que para uno de ellos ha sido un deseo, para otro ha sido una orden, y para el tercero, una concesión. ¿Qué bien podía salir de esa reunión de tres, donde solo podía haber posesión para uno?

—¿Eres tú quien arrojó la lanza sobre el león? —pregunta el mercader, rompiendo el silencio.

—Yo soy —responde Culan.

—Te doy las gracias —prosigue el oriental, saca un puñal de su vestimenta y corta la cuerda que ataba las manos de Culan. Dándole en la mano el utensilio, da a entender al esclavo que puede hacer lo mismo con las ligaduras de los pies. Culan queda libre. Podría irse, pero no lo hace. Algo lo retiene como con una fuerza mágica.

Su mirada se ha cruzado con los de la persona salvada y han visto algo que nunca habían visto aún: la admiración de una mujer y el agradecimiento de un ángel.

Parece despertar de un sueño al oír la voz del mercader que le hace una pregunta:

—¿Cómo puede recompensar el señor al esclavo por semejante servicio?

Culan está demasiado absorto como para responder.

Fatem contesta en su lugar. Saca de un pliegue de su corpiño una fíbula de bronce con la cabeza cincelada, el objeto más valioso que lleva encima, y se lo tiende a su libertador con estas palabras:

—Toma esto de mi parte.

El señor oriental ha asistido a la escena con semblante sonriente de benevolencia.

—Puedes irte —le dice a Culan—. Por ahora ocuparás el puesto del criado desgraciado;

entretanto, pensaré cómo puedo, por mi parte, recompensar el servicio prestado.

Culan sigue aún como aturdido cuando se halla en la cubierta. No ha visto la señal que el señor ha hecho a su hombre de confianza junto al timón, ni ha observado cómo los criados se han agrupado un momento en torno a su jefe. Tiene que pensar dónde colocar su fíbula. En su casi perfecta desnudez, eso es un problema. Encuentra la solución fijándola atravesada en su melena.

Mientras tanto, cae la noche. La nave avanza sobre las aguas apacibles del río, y el murmullo del agua y el chapoteo de los remos entonan la canción de dormir sobre la fatiga de un día agitado.

Culan disfruta del placer de poder moverse libremente, va de un lado para otro, dispuesto a ayudar donde haga falta, y ni se le ocurre pensar en dormir. Cuando toca a rebato en el alma, también si el toque es de fiesta, el sueño huye. Al ver que no lo necesitan ni en unos lugares ni en otros, se sienta al lado del timonel y contempla su quehacer. Ha entendido enseguida los tres factores que dirigen la nave, los remos, el timón y la vela, y admira la calma y la precisión con que los hombres trabajan en la oscuridad. Quiere entablar la conversación con su vecino, pero solo obtiene por respuesta un gruñido. Una segunda tentativa cosecha un murmullo indefinido. A la tercera, logra arrancar unas palabras:

—¿Dónde estamos? —pregunta Culan.

—Siempre en el Danubio —responde el hombre.

—¿Estamos cerca del mar? —interroga de nuevo.

—El mar está lejos.

—¿Solo hay un mar?

—Yo solo conozco el mar de Tauris, pero si se navegara desde aquí hacia poniente, se llegaría a otro mar, más próximo a tu tierra.

—¿Cómo se llama ese mar?

—Es el mar de los itálicos.

Culan reflexiona. ¿No ha oído ya ese nombre en algún sitio? Lentamente encuentra la pista. Había sido con los mercaderes de Scaz. Habían hablado del posible comercio con los itálicos y habían dicho que quedaba más lejos que Latsa y que el camino llevaba hacia mediodía.

En su cabeza empiezan a tomar forma pensamientos e ideas. Desde el mar de los itálicos tendría que encontrar el camino hacia Recia, y ese mar quedaba hacia poniente. ¡Pero su nave iba hacia levante!

—¿Cuánto dura este viaje? —se dirige a su vecino.

—Eso lo sabe el patrón —responde el marinero—, pero vamos a llegar en pocos días a la ciudad en que habrá una parada.

La conversación se vuelve imposible por el soplo del viento que se ha levantado, que fatiga a los marineros y corta el habla. Culan se retira ante el tiempo que hace y pasa la noche en la escalera que lleva a la estancia de Fatem.

Tal vez ha dormido y soñado. Al volver en sí, tiene la impresión de haber oído un grito ahogado. Escucha con el corazón en vilo, pero, aparte del crujido de la vela y del golpeteo del agua y el remo, nada oye que pueda relacionar con su inquietud. Se tranquiliza y se deja mecer de nuevo en un estado de sopor. Al cabo de un rato oye abrirse la puerta del piso de arriba. Alguien se mueve en el balcón sobre su cabeza. Permanece inmóvil y sin ser observado, pero en su imaginación, en el duermevela, suceden cosas dramáticas. Su propio sentir se acopla con las impresiones exteriores y de esa mezcla confusa nacen nuevas escenas. Ve a la dama frente al león, oye su chillido agónico e imagina oír otra vez un grito ahogado. Levanta la lanza, apunta y la arroja, pero no se produce la lanzada. ¡Tiene en la mano una fíbula de bronce! El

león ha desaparecido en una nube de polvo y, allí donde estaba, se encuentra ahora, con cara risueña, el oriental. Busca el rostro de Fatem, busca su mano y su hermosa figura, pero todo se desvanece y disuelve como el arroyo en el remolino de la cascada y atrás quedan dos ojos y una mirada de estupefacción.

Culan se alegra de despertar.

Se ha hecho de día. Desde la orilla resuena el trinar de innumerables pájaros. De los cinco marineros, solo dos están en su puesto; los demás están tumbados cuan largos son en la cubierta y roncan. En el piso de arriba están despiertos. Culan oye ruido de pasos y se alegra del momento en que Fatem aparecerá para saludar la aurora del día naciente, pero sabe esperar con toda tranquilidad. La vida en la almadía se despereza lentamente. Al pasarse la mano por la frente y el cabello para borrar las huellas del sueño, tocan sus dedos la fíbula de bronce. La coge y contempla con curiosidad renovada el costoso objeto. ¡Bronce! Es la segunda vez que tiene en la mano un objeto de aquella materia sabiendo que le pertenece. Admira y acaricia el metal pulido, y detiene su mirada en la placa cincelada que forma la cabeza de la fíbula. Aunque es pequeña, pues la placa tiene el tamaño y la forma de una hoja de abedul, encierra ricos adornos. Son líneas trazadas con una punta muy fina en la superficie lisa del metal, líneas de una regularidad singular. El centro lo ocupa una figura que es sin duda un símbolo del sol. Culan exulta, tanto más cuanto que en ese momento el verdadero sol se alza sobre el bajo horizonte. ¡Quien llevaba este adorno, también era de la luz! Y bajo los rayos del sol matutino, el bronce en sus manos se transforma en oro, en un auténtico tesoro.

La llegada del sol despierta a los ocupantes de la nave. Culan debe apresurarse a guardar su fíbula si no quiere ser sorprendido en su deleite

infantil por la mirada maliciosa de su entorno. En un suspiro están todos en pie.

El curso del río ha alcanzado una región menos boscosa y solitaria. Los claros se vuelven más amplios y, al fondo, se puede distinguir el color menos oscuro de los pastos y de los campos cultivados. Los hombres tienen poco que hacer por ahora. Se lavan con el agua del río, lanzan la cuerda con el anzuelo a las aguas o permanecen inmóviles junto al jefe. Culan se ha dado cuenta de que lo vigilan, pero no tiene en ese momento ninguna gana de escapar. Los sirvientes no le tienen confianza o le guardan cierto respeto por haber atacado al león y gozar del favor del señor. Ni siquiera se atreven a preguntarlo por el origen de la fibula que ven brillar en su cabello.

De pronto aparece el señor en el balcón de su vivienda. Lo hace con más ostentación de lo habitual en él. Todas las cabezas se vuelven hacia el puente de mando. ¿Qué le pasa al oriental? ¿Dónde se ha dejado su porte de despreocupación e indiferencia? ¿O es que solo parece que ha puesto en sus movimientos algo pesado y solemne?

Hace una seña para que se acerquen.

—Me rasgo las vestiduras bajo vuestra mirada —dice con voz grave y a sus palabras sigue el gesto que delata dolor y desesperación.

—¡Fatem ha muerto!

De los presentes, solo uno tiene que contener con dificultad un grito de sorpresa. Empalidece y ha de tragar saliva, mientras los demás no muestran la menor emoción.

—Fatem ha muerto —repite el patrón—. El susto de anoche le ha roto el corazón, delicada como era y sensible a lo rudo y cruel como el lirio a la helada.

Sigue un momento de silencio.

Entonces prosigue con un tono más distendido:

—Vamos a desembarcar en el próximo claro y hagamos lo que no queda más remedio.

Dicho esto, se retira a su estancia.

Los criados se preparan de inmediato para ejecutar la orden, y Culan tiene que tragarse a solas toda la sorpresa y la avalancha de preguntas sin respuesta. Mira desconcertado hacia el rincón que oculta aquella monstruosa novedad y lucha por reprimir las lágrimas. Siente alivio cuando oye la voz del jefe ordenando que echen mano a los remos. La almadía se acerca a la orilla. Desde el balcón, el mercader señala el sitio donde los criados deben cavar la fosa. Todos desembarcan, salvo él y los esclavos, exceptuados de la orden. A la sombra de un roble gigantesco de tres copas encuentra Fatem su lugar de reposo. Cuando la fosa está lista, el jefe regresa a la barca. Los criados ven cómo el amo sale de su estancia con el cadáver en brazos, cómo desciende con cuidado la escalera y cómo entrega la triste carga a los sirvientes. Él mismo los sigue. Una vez llegada la comitiva junto al roble, posan el cadáver en el suelo. De Fatem ya no se ve nada, ni sus ojos admirables, ni un mechón siquiera de sus cabellos. Todo su cuerpo está envuelto, y el rostro cubierto con el velo.

El oriental lanza una mirada sobre el borde de la fosa y se incorpora:

—Traed flores y verde —ordena, con semblante serio.

Así se hace a manos llenas, y el color pardo de la tierra se muda en un tapiz de verdor. El caporal y el jefe colocan el cadáver en la fosa. Culan ha guardado en su mano un pequeño ramo de flores, que deja caer. Los demás siguen su ejemplo, hasta que el cadáver queda cubierto de flores. Todo el entierro lo llevan a cabo los criados.

—Unas cuantas piedras —ordena el patrón.

Los esclavos deben esforzarse largo rato hasta encontrar en la orilla piedras del tamaño

deseado. ¿Quiere él adornar la tumba con tal monumento? Nada de eso. Se trata más bien de impedir que sea profanada por los animales silvestres. Un par de ramas del roble, entrelazadas hacia arriba, cubren de verde las huellas de la tierra, volviendo indistinguible en medio del bosque desierto el sitio que encierra el destino de un ser humano.

—Marchad —ordena el oriental, y con las cabezas un poco gachas, se retiran sus fieles hacia la nave. Culan se encuentra en medio de la columna y, ocupado como está pensando en la trágica suerte de Fatem, deja escapar la ocasión de fugarse, la primera que se le ha presentado con un riesgo tan pequeño desde la salida de Zulsa. Un salto fuera de la fila, y ninguno de los presentes habría estado en condiciones de impedirle la huida. Cuando se encuentra sobre la nave, esta idea cruza su mente, en verdad demasiado tarde, pero reconoce en su fuero interno que en ese momento no habría sido capaz de una aventura tal. Era la mirada de Fatem y sus manos invisibles las que lo ataban con fuerza irresistible a la nave de su tirano.

Este permanece todavía junto al roble, yendo de un lado para otro, como si para él tampoco fuera fácil separarse de la cercanía de Fatem.

De pronto, se detiene. Su rostro ha perdido el velo de tristeza y sus rasgos astutos dominan con un acento cruel. Todo dueño y señor, se acerca a su tropa, examinando a unos y otros con mirada penetrante.

Se detiene ante Culan. Su mirada sobrevuela la figura juvenil de excelentes proporciones, se posa sobre el rostro temerario de mirada sincera, y se fija en el objeto reluciente que asoma en la melena del montañés. Se acerca, arranca la fíbula de un tirón de la maraña de cabello y la sujeta entre dos dedos ante los ojos del joven estupefacto.

—Una hermosa fíbula —dice con sorna—, demasiado hermosa como para adornar la melena de un esclavo.

Con gesto indiferente arroja la costosa pieza a las aguas del Danubio.

—¡Encerradlo!

Estas últimas palabras iban dirigidas al guarda.

Culan tiembla de rabia, pero ante seis hombres acierta a contenerse. En un instante le atan las manos a la espalda y le traban los pies con la soga. Un empujón y un golpe, y se encuentra en el cuartucho junto a Zacca y Sparc.

Por primera vez ven los camaradas llorar a su compañero. Habían sido testigos de su presencia de espíritu, y advierten que algo le debía de haber ido mal para que regresara como esclavo. Su relación había sido hasta entonces de fría rivalidad. Sobre los cimientos de la envidia por parte de los camaradas y del irreprochable orgullo por parte de Culan había sido imposible que coincidieran en algo que no fuera el odio y el menosprecio mutuos. Su doma por el jefe de los esclavos había templado su obstinación y liquidado su atolondramiento, pero también había cerrado los corazones rivales de ambos contra el otro con el sello de la amargura. Vivir juntos los tres era una acusación y reproche constantes, un padecimiento por la propia desgracia y una alegría por la ajena. Hizo falta la quiebra moral del fuerte para que los débiles reconocieran en él a un hermano. Y esa situación se había producido en el momento en que Culan yacía a los pies de Zacca y Sparc, sollozando en un abandono absoluto.

Zacca, el más joven de los compañeros, un muchacho de la misma edad que Culan, pero mucho más flaco que él, de rostro inteligente y cabellos rubios, es el primero en acertar a hablar:

—No llores, Culan, de verdad todo volverá a ir bien.

Aquellas palabras cordiales, jamás oídas antes en aquella compañía, aumentan aún más el torrente de lágrimas del desdichado.

Sparc es el mayor y más alto de los tres. Tiene los cabellos negros y cara ancha, quijadas fuertes y nariz chata. Tiene un aire pacífico, sensual y no terriblemente espabilado. Él mismo lucha contra las lágrimas, pero intenta consolar al compañero abatido diciendo una y otra vez:

—Déjalo, déjalo.

Poco a poco se calma Culan. Se siente aliviado por el llanto, sin saber realmente por qué. ¿Había sido la pérdida de la libertad, la privación de la fíbula, la humillación personal ante los ojos de los esclavos o era otra cosa, algo más profundo, lo que había herido su alma con un dolor tan grande? A él mismo le costaría decirlo. Cuando el ser humano llora lágrimas de abandono, no llora por algo en concreto, sino que llora por todo.

Al levantarse del suelo, intenta que su persona ofrezca un aspecto adecuado. Las lágrimas que no consiguen secar, y que ha vertido abundantemente, le escuecen la vista, pero la mirada benévola de sus compañeros mitiga el escozor y le quita la vergüenza de haber descubierto su corazón.

Solo puede enriquecerse quien abre su puerta, porque nada puede entrar de donde nada sale. Culan había sacrificado su reserva, esa orgullosa cualidad del montañés; pero, al abrir la muralla de su interior, había ganado la amistad.

Los camaradas dejan que Culan se vaya recuperando. Notan que la nave se ha puesto en movimiento mientras tanto. El tiempo del cautiverio es tan abundante que se puede esperar sin que a uno le parezca penoso un momento de silencio.

—Tengo mucho que contar —son las primeras palabras que salen de los labios de quien ya había vuelto en sí. Pero en lugar de contar, hace una pregunta:

—¿Habéis dormido bien esta noche?

Los compañeros se sorprenden. ¿Quería tomarles el pelo? Su rostro no delata esa intención. Se miran uno a otro y callan.

—¿No habéis oído nada? —vuelve a preguntar Culan.

Los dos reflexionan un momento; esta pregunta es más concreta. El alto niega con la cabeza y el otro responde:

—Nada especial.

—Entonces he soñado —concluye Culan.

—Cuéntalo —dice uno de los jóvenes.

—Fatem ha muerto.

—¿Ha muerto? —se asombran ambos.

—Ha sido esta noche.

—¿Esta noche?

Se produce una pausa.

—Entonces no ha pensado en nosotros cuando su espíritu se marchó¹¹ —reflexiona el rubio—, de lo contrario deberíamos haber oído una señal.

—¿Y porque ha muerto has tenido que volver aquí? —pregunta el otro.

—Tengo una terrible sospecha —dice Culan.

—¿Una sospecha? —exhalan dos voces a la vez.

—Que el mercader la ha matado —susurra Culan con inmensa cautela.

—¡Imposible! —exclaman los camaradas.

En frases breves relata Culan lo sucedido. No omite nada de lo que ha visto y observado. Los camaradas sacuden la cabeza: que el tirano hubiera puesto la mano sobre aquello que apreciaba, eso no lo creen. Culan renuncia a convencerlos, pues ve que sería imposible

¹¹ Sin tachar el texto mecanografiado correspondiente, el autor ha añadido sobre él una alternativa manuscrita: «cura ch'ella ei semidada en in'umbriva», esto es, «cuando se transformó en una sombra».

sin mencionar un detalle que está fuera del entendimiento de sus oyentes.

—Cuando tenías el puñal en la mano, lo clavabas en el pecho del mercader y nos librabas del cautiverio —dice Sparc con un matiz de ingenuo reproche.

—Entonces Fatem estaría viva, tú serías el dueño de la nave y nosotros, tus ayudantes —fantasea el otro, y de inmediato añade la salvedad:

—¿A no ser que los demás nos hubieran despachado antes?

¿Matar?

Culan se estremece ante aquella propuesta monstruosa. Sabe que no habría podido hacerlo. Sin embargo, la perspectiva así dibujada ocupa su imaginación. Responde distraído:

—Tienes razón.

—Debemos intentar escapar —dice Zacca con tono resuelto—. Hasta ahora no hemos arriesgado nada, porque no confiábamos unos en otros. Pero ahora que vamos de acuerdo...

—Estoy listo —dice Culan—. ¿Tenéis un plan?

—Sabemos nadar —dice Zacca un momento después—. Nuestro camino hacia la salvación es el río. La primera vez que tengamos las manos libres, nos lanzamos sobre el guarda, nos soltamos las ligaduras de los pies con la punta de su lanza, y al agua de un salto. Quisiera ver quién nos alcanzará una vez que nos hayamos sumergido en la corriente.

—Seguro —exclama Sparc con espontánea franqueza—. Y al guarda, una patada en el culo, que se olvide de mirar hacia qué lado nos escapamos.

—Todo en regla —dice Culan, pero no hay en su tono ni entusiasmo ni convicción. Los compañeros lo notan.

—Si tienes un plan mejor, dilo —lo apremian.

—No tengo otro mejor —replica Culan—, pero este vale poco. Solo salvaremos la vida sin más, ¿y qué haremos con ella en un desierto? Debemos tener armas, al menos la lanza del guarda, y eso es imposible nadando. En suma, tenemos que aprovechar la ocasión cuando se presente. He oído que nos estamos acercando a una ciudad. Tal vez haya allí una posibilidad insospechada. Pero debemos tener claro quién de nosotros manda, quién es el responsable de dar la señal de ataque.

—Yo no —dice el mayor de los camaradas.

—Yo tampoco —secunda el joven.

Culan tarda en ofrecerse. Una nube de dudas se ha levantado en su cabeza de montañas. ¿Han pensado en jugársela? ¿Ponerlo en movimiento y luego tomar partido por el mercader? Será cauto.

—Eso tienes que hacerlo tú —dice bonachón el alto. El otro no dice nada. ¿Ha visto la misma nube que Culan?

En ese momento, la nave da un bandazo que lanza a los prisioneros unos contra otros. Antes de haber recuperado su posición, notan que la nave se ha detenido.

Su atención se dirige a lo que ocurre en la almadía. Los pasos se alejan y no regresan. Los hombres han desembarcado. El murmullo monótono del río marca el compás del tiempo que se desvanece. El calor del mediodía aumenta el bochorno del cuchitril. La sed se vuelve tan intensa que hablar duele; el aire, tan espeso que los pulmones sufren para respirar. Parece haberse apagado el espíritu de resistencia.

De pronto se endereza Culan. Golpea con los pies contra la pared y alza la voz.

—¡Pst! —sisean sus camaradas.

Se hace de nuevo el silencio. Culan escucha aguzando el oído. Sabe lo que quería saber.

—Estaríamos salvados si acabáramos con las ataduras —dice con vehemencia—; estamos solos en la nave.

Los otros no responden, pero los resoplidos crecientes hacen suponer que se afanan conforme a lo propuesto.

—No funciona —constata Zacca con un suspiro resignado.

—Tenemos que ayudarnos con los dientes —replica el alto entre dos resuellos.

—Toma, ¡prueba! —dice Culan, arrastrándose hacia el que acaba de hablar.

Tras un penoso ajuste, Sparc pone en acción su dentadura. Pero el nudo que cierra las ligaduras del camarada es tan resistente que parece imposible conseguirlo. Sparc se desespera. Es incómodo trabajar con los dientes sin ver el objeto que se resiste. Muerde y tira sin plan ni cálculo. De pronto nota que algo cede. Había atrapado un cabo de la cuerda. ¿Va la lazada hacia dentro o hacia fuera? Tira simplemente cuanto pueden conseguir dos quijadas. Pero al final tiene que rendirse: no logra ir más allá.

—Una vez más —anima Culan—, ¡tirad!

El esfuerzo conjunto termina con una sacudida y un chasquido. Culan tiene las manos libres, y el otro, la nariz sangrando. Pero eso es un accidente nimio en comparación con la perspectiva de la libertad. Dos manos libres bastan para desatar el resto de las ligaduras. El ataque se dirige ahora contra la puerta. El ardor de su éxito les hace olvidar la precaución. Un empujón combinado basta para derribar el último obstáculo. Salen de su guarida a la cegadora luz del sol. La embarcación está vacía, pero la orilla...

No hace falta más que una rápida mirada para ver que la situación es fatal: a la derecha, los sirvientes armados, agitados, blandiendo sus lanzas; a la izquierda, una costa rocosa que impide la salida; delante, el río, que dibuja un meandro que oculta a la mirada lo que hay detrás. El tiempo para reflexionar es breve, y Culan apenas llega a decir «quietos» cuando

sus camaradas ya se han lanzado al río, eligiendo lo más fácil. ¿Qué debe hacer él? El plan que ha formado en su mente es atractivo y pondera su decisión. Pero no se atreve. Entre los tres habría sido posible escapar con la nave, manteniendo a raya a los criados hasta que las aguas pusieran una barrera entre los nuevos dueños y los antiguos. ¿Pero así...? Se deja llevar bastante cerca de las lanzas antes de decidirse por una aventura que se opone a su instinto.

Culan sabe nadar, pero se ha lanzado desde la borda demasiado tarde como para seguir a sus camaradas. Una vez en el agua, pierde de vista las cabezas de quienes nadan delante de él, de modo que queda aislado y abandonado a sus propias fuerzas. Desde la orilla llegan los gritos de alarma de los sirvientes, y los cambios de tono de aquel clamor hacen sospechar que hacen por atrapar a los que nadan. ¿Cómo acabaría aquello? Culan había observado que los criados no estaban al completo, y de la intensidad de sus gritos se desprendía que querían recabar la atención de alguien que se encontraba más abajo junto al río. El meandro invisible podía esconder peligrosas sorpresas. El instinto lleva a Culan a nadar en dirección contraria a todo lo que delataba la presencia de sus adversarios. El río es ancho en este punto, y debe nadar mucho tiempo antes de ver, frente a él, el risco rojizo de la orilla izquierda. Se mantiene lo más pegado posible a la costa rocosa, esperando que de pronto aparezca alguna rama benévola o una hendidura en la roca que le permitan salir. Para la otra orilla se ha vuelto invisible, pero eso es poco consuelo en vista de la muralla infranqueable que se alza hasta donde alcanza la mirada. Allí podía llegar a la orilla y descansar, si no había otro remedio; acá se trataba de aguantar o ahogarse. Culan avanza, pero siente la pesada mano de la fatiga posarse sobre sus miembros. La mala corriente había arrebatado a su cuerpo una buena

parte de su resistencia. ¿Sería capaz todavía de atravesar el río? No se atreve a responder. Las aguas bullen delante de él en un remolino agitado que reclama su atención entera. Antes de esquivarlo, lo atrapa la corriente y lo arrastra contra un obstáculo invisible. El chapoteo de las aguas que retornan le inunda la cabeza, pero sus manos han tocado algo sólido. Se agarra, se impulsa hacia adelante, lucha con la fuerza de quien se ahoga y siente bajo su cuerpo el firme apoyo de la roca. Se encuentra sobre un banco de piedra que le permite descansar manteniendo la cabeza fuera del agua. Pasa un momento antes de que recupere por completo el dominio de sus sentidos. Solo entonces puede estudiar la situación. Ha nadado un largo trecho, más de lo que creía. Ya no ve la nave del oriental; ha quedado atrás, pasada la esquina del meandro. Pero frente a su posición hay algo más que mirar: un conjunto de cabañas que se extiende a lo largo de la orilla y barcas y lanchas en el sitio o moviéndose sobre la gris superficie del río. ¿Dónde están sus camaradas? Por más que se fije en las aguas que corren, no ve nada que se asemeje a una cabeza o unos brazos de nadador. Si han alcanzado la otra orilla, habrán llegado a una zona poblada, y si la alarma de los criados se oyó a tiempo, los habrán pescado para el oriental. Su propia situación es tan poco risueña que no tiene ocasión de sentirlo por ellos. No tiene ánimo para nadar más lejos, volver atrás es imposible a causa de la corriente y, de seguir allí, sería víctima tarde o temprano del río. La vida tan aborrecida de esclavo adquiere en esa perspectiva la apariencia de un don. ¿Qué ocurriría si gritara y llamara la atención de los de la otra orilla sobre el tercero de los fugitivos? ¿Le quitarían la vida? ¿Pues eso sería todo! Culan empieza a chillar, a agitar la mano que tiene libre, a suplicar que vengán por él y lo salven para su amo. Pero la distancia es demasiado grande, el ruido del río demasiado

alto, su posición demasiado discreta como para que alguien vea sus gestos. Las barcas que habían avanzado hacia la parte alta del río ya no se acercan; al contrario, se alejan más y más y desaparecen en la verde cortina de la orilla. Si la alarma de los criados y del oriental las había puesto en movimiento, podía llegar a la conclusión de que lo habían dado por perdido. Desanimado, deja caer los brazos y lucha contra la tentación de dejarlos caer para siempre. Las olas que juegueteen en torno a su cuerpo le habrían preparado un blando lecho, y todo sufrimiento habría terminado.

En ese instante llega a sus oídos un sonido humano. ¿Es su madre quien lo llama, es Durana o Turac? La angustia de la muerte había evocado en su espíritu a aquellas personas, las únicas que habrían llorado su destino. Levanta la cabeza y le parece que una sombra se cierne sobre su nuca. Ahora oye claramente voces humanas a su espalda. Con toda la precaución que exige su situación, vuelve la cabeza. Un grito de sorpresa se escapa de sus labios: ¡una barca!

Los remeros lo han visto y dirigen su embarcación hacia él. Le indican que, debido al remolino, no pueden acercarse más. Culan responde con un gesto de que ha entendido y se desliza en el agua. Cuando emerge a la superficie, apenas ha de dar unas brazadas para alcanzar la barca. Una vez lo izan sobre la borda, le preguntan dónde va. Indica en dirección del río, y el patrón de la barca da la orden a sus remeros de continuar. La sensación de estar salvado disuelve la tensión y sume al joven en un sopor de desfallecimiento. No ve ni oye nada, ni pregunta después a quién debe agradecer su rescate. Vive y respira, y solo cuando recobra de golpe la conciencia, se da cuenta de que está en otras manos que no son las del oriental.

¿Dónde se encuentra? El mundo parece haberse transformado. Naves y barcas por todas

partes, y allí donde él esperaba ver el bosque, un montón de casas con calles y tráfico. Un pueblo de ese tipo, con edificios de piedra labrada y enlucida, no lo había visto nunca. ¡Seguramente era la ciudad de la que había hablado el marinero!

Culan se frota los ojos y mira asombrado, pero sus acompañantes no le dan tiempo a disfrutar de la sensación. Se ha hecho de noche, y ellos se apresuran a ir a sus cosas. Culan los sigue. Al poner pie en tierra firme, no puede evitar mirar hacia atrás. Se sorprende al ver dos ríos: junto a aquel del que han salido, hay otro que dibuja una ancha banda luminosa al fondo del horizonte.

—¿Cuál de ellos lleva al mar de Tauris? —se pregunta en voz alta, sin querer interpelar a nadie.

—El otro —responde el mayor de los hombres, señalando con la mano hacia la lejanía.

—¿Y este de aquí? —prosigue Culan.

—Hacia las montañas.

Allí se oculta justamente el sol en un ocaso macilento. Culan ha entendido que se halla junto a un afluente y que ha cambiado de dirección. Si siguiera ese río, ¿se acercaría a su patria, quizá al mar de los etruscos? ¿Pero el río lleva de verdad hacia la sierra...? Debe avanzar para no despertar sospechas en sus salvadores. Ve pasar por las calles pavimentadas a la gente, que se detiene y sonríe al ver al curioso recién llegado. Por el momento debe centrar sus reflexiones en lo más cercano: ¿quiénes son los hombres que le han salvado la vida y adónde conduce el camino que le muestran? Son solo tres, y de ellos, el que habló con él parece ser el jefe. Su comportamiento es distinto al de los criados del oriental, aunque igualmente delata su condición dependiente de subalternos. Culan está demasiado agotado como para hacer algo por propia iniciativa y sigue sin resistencia

la voluntad ajena. Y se alegra cuando los hombres se detienen ante un portal y le indican que entre. Pasa por un pórtico sostenido por columnas, se pierde en oscuros corredores y acaba en una vasta sala con chimenea. El hombre que se había distinguido como jefe del grupo entra con un ligero retardo. Entretanto, los otros dos ya se han acomodado en torno a una mesa de piedra e indicado al joven vacilante que puede hacer lo mismo.

Una sirvienta de cierta edad coloca el almuerzo sobre la mesa y Culan imita a los demás y come. Todo es nuevo para él: el caldero de bronce y las cucharas, el pan dulzón y la papilla caliente que nada en el aceite. Pero tiene hambre y no se deja intimidar ni por las miradas de sorpresa de quienes lo rodean, ni por las quemaduras en la lengua y el paladar. Acabado el plato principal, la criada sirve una cesta de frutas. Los dos hombres que habían llegado con Culan se dan prisa y se retiran. El mayor se queda, y Culan se aparta de la cesta cuando se vacía. Algo tan delicado como los higos verdes no había imaginado jamás que existiera. Sumido en su deleite, no se da cuenta de la entrada de una nueva persona. Solo cuando el tercero de los hombres se levanta, indicando su partida, advierte la presencia del recién llegado. Una rápida mirada basta para que Culan sepa que es el patrón. Se pone de pie de un salto e intenta adoptar una postura respetuosa hacia el donante de tan preciosa comida. El hombre debe reprimir una sonrisa y le indica que se siente. Él mismo toma asiento al otro lado de la mesa. Culan no puede dejar de mirar a ese apuesto joven, y cuanto más lo mira, más nota cómo el temor desaparece, dejando paso a una confianza espontánea.

—Mis criados te pescaron en el Danubio, de regreso de un viaje de trabajo —comienza el señor—. Fue casualidad que se mantuvieran del lado de la roca, pues tenían prisa; de lo

contrario, habrían preferido la otra orilla, que es más apacible y cómoda, y entonces, muchacho, habrías perecido.

Culan hace un gesto afirmativo con la cabeza. La sirvienta coloca un candelabro de bronce sobre la mesa y enciende el pabilo en el fuego de la chimenea.

—¿Eres un fugitivo? —dice el joven en tono más serio; su mirada se fija en las muñecas de Culan.

—Sí —responde este, poniendo una mano sobre la otra.

—¿Has tenido un mal amo? —prosigue su examen.

Culan asiente.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé —replica Culan con cautela.

—¿Pero puedes describir su aspecto, su nave y su gente? Conozco a muchos mercaderes del Danubio, en especial a los del bronce. ¿Era uno de esos?

Culan asiente con la cabeza.

—¿No será un oriental con una bella mujer, un griego, mejor dicho, con una gran nave y un tropel de criados?

Culan baja la mirada; ¡ojalá terminara ya el interrogatorio!

—¿Un hombre en la flor de la vida, bien parecido, si se quiere; siempre acompañado de su perro, siempre con la sonrisa en los labios...?

Culan ha puesto las manos sobre el rostro, como si necesitara reflexionar. Por fortuna, la luz es escasa; si no, el otro habría notado que tiembla.

—Por supuesto, hay también muchos otros —prosigue el joven señor tras una pausa—¿No será tal vez uno gordo, con una cicatriz en la mejilla y el cabello descolorido? Sería socio del otro; pero espera, ¡si ese pasó ayer por la mañana muy cerca de aquí! Seguro que has escapado de él.

Esta vez Culan niega con la cabeza con vehemencia.

—Basta —dice el señor, sin apartar la vista de su interlocutor—. La ley ordena que el esclavo fugitivo sea devuelto a su amo; pero si no se sabe a quién... entonces, la propiedad corresponde por así decir a quien lo encuentra. ¿Entiendes lo que eso significa?

Culan asiente con prontitud. Sus ojos brillan y se fijan con admiración en el rostro de su nuevo amo, que es apenas unos veranos mayor que él. Cree ver en aquellos rasgos bien formados un parecido particular, aunque no logra asociarlo con nadie.

—Mi padre, que vive en la región de las minas, más arriba junto al río, sabrá aprovechar esa fuerza —dice el señor, contemplando los brazos musculosos del trabajador encontrado—. Mañana por la mañana parte una galera con estaño río arriba; te enviaré con ella. De todo lo demás te instruirán en el sitio.

Se levanta del banco como señal de que la audiencia ha terminado. Pero Culan tiene una pregunta en la punta de la lengua. Demasiado tarde para retenerla...:

—¿Qué es eso del estaño? —sale de sus labios.

El señor se sorprende de tanta ingenuidad. Pero ve en los ojos del recién llegado un interés demasiado vivo como para dudar de su inteligencia.

—El estaño es una materia como el cobre, y la mezcla de uno con el otro produce el bronce.

—Yo creía que el bronce se extraía de la tierra —dice Culan.

—¿Dónde está tu patria para que hagas esa pregunta? —observa el amo, sonriendo.

—¿Mi tierra? —Culan se azora. ¿Qué haría aquel extranjero con el nombre de Crestaulta? ¿Con el Rin y la región de los lagos?

—Por los Alpes —dice finalmente, saliendo del apuro.

—Ya lo sospechaba por tu idioma —observa el otro comprensivo—. ¿Entonces nunca has visto una mina ni un horno, quizá aún no has tenido nunca un objeto de bronce en la mano?

—Entre nosotros todavía no se tienen noticias del bronce —confirma el rético—; pero hace poco tuve en la mano una hermosa fíbula con una cabeza cincelada...

—¡Lástima que no puedas enseñarla! —exclama el señor—. Nosotros fabricamos las fíbulas más bellas del mundo. Si eres diligente y hábil, podrás aprender algo en los talleres de mi padre.

Culan está contento. La perspectiva de entrar en contacto con el bronce y con los misterios de su fabricación le hace olvidar que es un esclavo.

A la mañana siguiente aprende lo que es el estaño y qué significa la palabra «galera». Puede ayudar a cargar las barras de metal en la nave y, una vez hecho esto y la ciudad y el joven señor fuera de la vista, también se le ofrece la oportunidad de remar al compás del martillo. El viaje dura tres días y, antes de que vea la tierra de promisión, ya ha hecho la experiencia de que la belleza del mundo no puede depender solo del bronce.

De paso, ha comprendido algunos hechos y relaciones útiles para aclarar un poco lo nuevo y poco claro. La ciudad que han dejado atrás se llama Sirmin; el río que lleva la galera hacia la sierra es el Sava. El joven señor es hijo de Bor, uno de los más poderosos entre los magnates del bronce, pero ni siquiera él es otra cosa sino un sirviente de alguien aún más poderoso, de Lasos, rey de los ilirios, señor y dueño de todos los habitantes y riquezas del país. La galera no pertenece únicamente a Bor, sino a la sociedad de explotadores y fabricantes que domina todo el proceso industrial de la comarca. Hay varios sitios con minas a lo largo del Sava; el de su destino se llama Ulmar y es el más importante

de todos. El estaño debe extraerse de una región más baja y recorrer un largo camino antes de llegar a los sitios del bronce. Por qué el estaño debe ir al encuentro del cobre y no al contrario, lo que a ojos de Culan sería más práctico en vista de la dirección del río, no lo llega a entender, pues debe conformarse con lo que alcanza a oír en el conjunto de conversaciones ajenas. Con todo, los pensamientos siguen hilándose en su cabeza y, a partir de fragmentos de charlas interrumpidas, su espíritu compone la apariencia redondeada del nuevo mundo. Sin embargo, la llegada a Ulmar todavía le depara a Culan, el muchacho de Crestaulta, suficientes sorpresas y decepciones.

Ya el lugar en sí le causa, comparado con lo que imaginaba, una desilusión. Si esperaba ver una ciudad como Sirmin, con calles pavimentadas y soportales columnados delante de las casas, se habría engañado, y si se había imaginado encontrar una cueva de montaña parecida a Crestaulta o a Crapfess, también. Ulmar es una ciudad sin rostro, un conjunto de chozas de arcilla junto a barracones de madera y edificios de piedra. Todo es negro y desagradable, y el aire está impregnado de humo y hollín. El sitio se encuentra en la llanura, pero al fondo, por un lado, se alzan cumbres cubiertas de bosques. De allí procede la leña para producir abundante humo y, probablemente, también la piedra que contiene el cobre. Con estas reflexiones y un presentimiento nada bueno, desembarca Culan de la galera.

Con mucho ruido y bullicio se completa la descarga de la mercancía. Manos que alargan y manos que reciben se encuentran y se separan, hasta que un suspiro de alivio, de un lado y del otro, confirma el trabajo hecho. La persona se eclipsa frente a la materia. A Culan lo empujan a derecha e izquierda, lo apostrofan para que se aparte en todos los tonos posibles, de forma que podría haber escapado cien veces. No habría

sabido adónde, y por eso sigue ahí cuando el capitán de la galera se acuerda de su existencia. Culan observa cómo una sonrisa asoma al rostro curtido del marinero, que encuentra sin grandes pesquisas lo que había olvidado. Le indica que se acerque y conduce al joven a su cargo hacia un grupo de hombres que trajinan en torno a un almacén abierto. Mientras Culan es blanco de las miradas inquisitivas de aquellos sin importancia, el capitán se dirige al jefe del grupo. Al poco rato, y sin más ceremonias, Culan ha cambiado de amo. Los hombres prosiguen su trajín y Culan espera. Siente que cuenta poco a ojos de aquellos extraños y ese sentimiento le duele casi más que las ligaduras del oriental. Podría haber esperado aún más, si un suceso imprevisto no hubiera sacado a los hombres de su tediosa ocupación.

Detrás de la barraca empieza un camino. Culan ha tenido ocasión de contemplar desde donde está el ir y venir de gente y vehículos, y había deducido que se trataba de una importante arteria de tráfico entre la ciudad y las minas. De pronto se oye allí un estruendo alarmante. Chillidos, voces y el estrépito retumbante de ruedas hacen pensar en un accidente con una carreta. El edificio que tiene delante Culan le oculta la vista. Sin embargo, al ver que los hombres que estaban ocupados interrumpen su trabajo para correr en dirección de las señales de desgracia, se atreve a hacer lo mismo. Llega justo a tiempo para ver cómo un montón de gente se aparta delante de una pareja de bueyes desbocados.

El peligro pasa cuando la carreta vuelca ruedas arriba, frenando así con fuerza el avance de los animales asustados. Los hombres del almacén y otros que han acudido logran atrapar en un momento a las malhadadas bestias, pero el daño está hecho: ¡el carretero yace inconsciente en el polvo! Otros solo se han librado con un buen susto y casi arrollan a la gente que acudía

al rescate en su huida desesperada. Una joven vestida con una toga amarilla sigue a su madre y se precipita, sin dejar de gritar, con su cara acompañante hacia la protección del almacén. Culan tiene que apartarse para evitar una colisión. Ayudaría allí donde es más necesario, pero como forastero no se atreve a acercarse al lugar del accidente, y menos aún viendo que otros ya rodean al infortunado. Sin embargo, no se siente en su sitio. Yendo de aquí para allá, como si estuviera dividido por dentro, sus ojos se fijan en un objeto brillante que yace en el polvo. Se agacha y coge del suelo una fíbula de bronce. ¡Quién lo habrá perdido es fácil de adivinar! Apenas ha dado un par de pasos en esa dirección cuando se detiene sorprendido. Una fíbula como aquella... ¿la misma exactamente? Su corazón da un vuelco. ¿Quieren los dioses compensarle por la injusticia del oriental? Examina los alrededores con una mirada fugaz. Nadie parece haber observado su hallazgo. Está a punto de cometer una peligrosa estupidez cuando la joven de amarillo aparece delante de la entrada del almacén. El gesto de su mano y su mirada inquisitiva dicen lo suficiente para quien tiene en el puño el objeto encontrado. Culan nota que la sangre le sube a la cara. Vacila indeciso un instante, pero entonces hace lo que no puede dejar de hacer. La mano con la fíbula se alza, sus pasos se dirigen hacia la persona que la busca.

—¡Oh, mi fíbula! —exclama la joven, mirando a Culan.

—La acabo de coger del suelo —dice él con el aire satisfecho de un descubridor honrado.

La muchacha de amarillo le lanza una mirada agradecida, le sonríe y se vuelve deprisa por donde había venido. Culan sigue con la mirada la amable aparición, como si quisiera retener su imagen. ¿Quién sería esa muchacha?

En ese momento regresa el hombre que habíamos tomado por el jefe del grupo del

almacén y encarga las tareas pendientes en el lugar del accidente a las personas de menos importancia. Pasa junto a Culan sin prestarle atención y entra en el almacén. Al poco aparece con las dos mujeres delante de la entrada. Su actitud y sus palabras transpiran respeto y cortesía. Cuando se alejan cogidas del brazo, hace el hombre una profunda reverencia.

—Esa dama joven es la hija de Bor —concluye Culan, y en su mente compara el rostro de la muchacha con el del joven de Sirmin, buscando rasgos comunes de hermanos. El resultado no le satisface del todo. Y, sin embargo, cuanto más lo piensa, más conocidos le parecen, más comunes con otro rostro... ¡Oh! ¡Qué tonto ha sido! ¿No era acaso la fíbula la misma?

Culan ha echado a correr. El hombre frente al almacén se percata de su movimiento. Agita los brazos y, como eso no da resultado, empieza a gritar, precipitándose de un lado a otro como un pastor en dificultades. Pero Culan lo esquivo y pasa de largo en dirección a las mujeres que se están alejando. El otro corre tras él, temiendo quizá algo más que la simple pérdida de un esclavo.

—¡Fatem! —llama Culan, como si quisiera invocar una ayuda invisible.

Esa palabra surte un curioso efecto. Las dos mujeres vuelven la cabeza y se detienen; el perseguidor deja de gritar y refrena sus pasos. Jadeante, con el rostro enrojecido, Culan se planta ante aquellas personas desconocidas.

—¿Conocéis a Fatem? —pregunta con voz vibrante.

—¿Qué se permite el esclavo? —replica la dama, frunciendo el ceño.

—Este es el que encontró mi fíbula —comenta la joven.

—¿Y entonces? —dice la otra.

—Fatem tenía la misma fíbula —responde Culan, sin saber cómo explicarse.

—¡Has visto la fíbula de Fatem! —exclama entonces la dama, con creciente interés.

Culan podría saltar de alegría al oír la respuesta a su duda. En su cabeza, los pensamientos se arremolinan como en un hormiguero. Con esfuerzo consigue retomar el hilo interrumpido.

—Sí —dice—, pero ese perro de oriental me lo quitó.

—¿Cómo llamas así al señor de Fatem? —le reprocha la dama.

—No lo sé —balbucea Culan, asustado—, pero tengo una horrible sospecha...

—Pero ¿quién eres tú, en fin? —pregunta la dama en tono irritado.

En ese momento interviene el hombre del almacén

—Si os molesta el esclavo, solo tenéis que decirlo —declara con diligencia servil.

La señora levanta el borde de su manto con gesto orgulloso.

—¿Qué tiene ese que decirme a mí?

El sirviente asiente con la cabeza y echa la zarpa al hombro de Culan. Este siente que está perdido, a menos que logre hacerse entender. Instintivamente, cae de rodillas, y de sus labios brotan, como un grito del corazón, las palabras decisivas:

—¡Fatem ha muerto!

Las dos mujeres sueltan un chillido de espanto. Quieren hablar, pero los sollozos ahogan su voz. Una mano vigorosa agarra de la nuca a Culan y lo levanta del suelo.

—¿Qué has dicho? —tiembla la voz del sirviente.

—Fatem ha muerto — repite Culan con tanta certeza en la voz que el sollozo de las dos mujeres se muda en un llanto desgarrador.

Poco tiempo después se encuentran los cuatro en la estancia de un palacio frente a Bor. El criado ha explicado rápidamente lo que sabe y lo dejan irse. Ahora le toca a Culan.

Habla de su encuentro con el oriental en Zulsa, de la marcha de la caravana en el camino hacia medianoche, de un lugar junto al Danubio donde embarcaron, cada uno en su propia nave; allí había visto por primera vez a Fatem. Cuenta cómo viajaron durante el intervalo de dos lunas por el río, sin saber el uno del otro más que existían, hasta que el incidente con el león hizo que sus caminos se cruzaran. Él, al arrojar la lanza, le había salvado la vida a Fatem, y ella, en agradecimiento, le había regalado una fíbula exactamente igual a la que él había encontrado hacía un momento.

Hasta entonces habían brotado de su lengua las palabras sin esfuerzo, pero lo siguiente le hace tragar más a menudo la saliva. Al ver el efecto que causan en sus oyentes, desearía no haber hablado nunca. Mientras las mujeres dejan escapar las lágrimas contenidas, en el rostro del señor se muestran las señales de una peligrosa tormenta.

—¡Calla, mentiroso! —grita colérico, interrumpiendo a Culan—. ¡No más, o que los sesos del esclavo profanen las paredes de esta estancia!

A Culan se le oscurece la vista. Demasiado tarde se da cuenta de que habrían hecho falta unas espaldas más anchas que las de un esclavo para llevar a la casa de un magnate del bronce el peso de una noticia tal. Todo calla en la sala; incluso ha cesado el llanto de las mujeres, y solo los pasos acompasados de Bor resuenan en el silencio. De repente se detiene con una lanza delante de Culan.

—¡Ven! —ordena.

Culan lo sigue como quien ha sido condenado a muerte. Llegados al exterior, el señor se detiene, señalando con la mano un árbol al fondo del jardín. Tendiendo la lanza a Culan, dice en tono reprimido de cólera y dolor:

—El esclavo que alcanzó al león, ¿no fallará el tronco de ese árbol?

Aquel está tan estupefacto y asustado que necesita un momento para entender la orden. Pero entonces también entiende la amenaza que se cierne sobre él. La sensación de que se trata de una cuestión de vida o muerte despierta sus reflejos dormidos. Sopesa la lanza y calcula la distancia. ¡Bastante lejos! Da un par de pasos hacia el blanco señalado, sin que el otro proteste. ¡Ahora! La lanza ya ha salido de su mano y silba por el aire. ¡Tec! Bor avanza unos pasos.

—Otra vez —dice con otro tono.

Culan va a buscar el arma y repite la prueba. El resultado es el mismo.

—Es suficiente —dice el magnate con los ojos húmedos—. ¡Ven!

Al declinar el día se ve la lancha privada de Bor siguiendo la corriente del Sava. Tres remeros se encargan de lo necesario, mientras un hombre y un joven están sentados el uno junto al otro en profunda meditación. Apenas es reconocible Culan en su nuevo atuendo y, si no se supiera lo contrario, se les podría tomar por padre e hijo. Bor ahora da crédito y se ha vuelto razonable, y su aflicción por Fatem hace que respete al portador de sus últimas noticias. Culan debe relatar y volver a relatar, y cada palabra que se refiere a la difunta fluye como bálsamo sobre el corazón lastimado de un padre. Solo en lo relativo al oriental, el yerno que él mismo había elegido para su hija, se niega a aceptar la opinión de Culan.

—Fatem ha muerto de miedo —dice con convicción—. No puedo creer otra cosa.

Pero al acercarse la embarcación a la ciudad de Sirmin, se vuelve más reservado en su parecer. Si su idea era justa, encontraría al oriental en casa de su hijo. Según las indicaciones de Culan, aquel debía de haber llegado a la ciudad en el intervalo de esos días.

Es de noche cuando desembarcan. La casa del joven Bor se presenta a los recién llegados en profundo silencio.

—Aquí no saben nada —murmura Bor, empujando la puerta. El joven queda realmente sorprendido por la inesperada visita. Cuando oye el motivo, se echa sollozando en los brazos de su padre:

—No he soñado nada bueno.

Buscando el rostro del esclavo, prosigue:

—La noche antes de que él llegara vi a Fatem andando por la borda de una barca; Thalos estaba sentado en la otra borda, haciendo de contrapeso. De repente se cierne un águila sobre sus cabezas; el hombre pega un brinco, la barca vuelca y Fatem ha desaparecido.

Las lágrimas lo dominan de nuevo. Pero luego se vuelve hacia Culan:

—¿Por qué no reconociste que eras de Thalos cuando hablé de un griego con una mujer hermosa?

—¿Cómo podía saber yo que eras el hermano? —replica Culan—, y entonces temí que entregaras al esclavo en manos de su amo.

—¿Tomas a Thalos por un asesino?

—Fui el último en mirar a la cara a Fatem antes de que Thalos anunciara su muerte; su mirada irradiaba alegría de vivir y no agonía de muerte.

—¿Por qué habría Thalos de matar a su esposa?

—Oí un ruido en la escalera que me pareció un gemido.

—No lo creo...

En ese momento interviene Bor en la conversación:

—Cuando encontremos el cadáver de Fatem, os diré por qué.

Pasan la noche preparando el viaje. Al amanecer, una pequeña galera abandona el puerto de Sirmin en dirección al Danubio. Culan se encuentra en compañía de Bor y su

hijo, y goza de los privilegios de un huésped. Es el único que conoce el lugar de su destino. Cree que lo hallará sin dificultad, pero tiene que cambiar de opinión transcurrido poco tiempo. Nunca había visto la región que se extiende a lo largo del Danubio. Ha de preguntar a los sirvientes que lo habían salvado si todavía faltaba para llegar al risco rojo. Hacia el mediodía llegan a un pueblo de pescadores. Bor y su hijo desembarcan en un bote. Mientras tanto, Culan tiene tiempo para observar los alrededores. Finalmente, allí está el risco rojo que brilla desde la otra orilla. Busca el banco que le salvó la vida, pero la distancia es demasiado grande como para distinguir detalles. De repente piensa en sus compañeros. Quizá se hundieron y ahogaron justo en aquel lugar donde él se encuentra ahora sano y salvo. Un sentimiento devoto embarga al joven y, sin cuidarse de quienes lo rodean, se arrodilla y da gracias al buen espíritu de la luz por el milagroso salvamento. Desea presentar una ofrenda a ese ser bondadoso cuando posea algo de valor. Pero ¿cuándo se encontrará un esclavo en condiciones de poseer algo? Culan piensa en los bueyes que se ofrendan en Crestaulta y se avergüenza de su pobreza. Sin embargo, en su corazón se forma un propósito que ofrece como un ramo de flores a los dioses que adora: ¡seguir del lado de la luz, claro y sereno como los rayos del sol!

Entre tanto, han regresado los señores. Sus rostros están sombríos y meditabundos. Cuando los remeros están bien ocupados y las palas chapotean al compás, Bor dirige la palabra a Culan:

—Thalos pasó ya hace cinco días; intentó trocar una nave con los pescadores, pero no lo consiguió.

Se produce una pausa. La conclusión es tan palpable que no hacen falta palabras. Al cabo de un momento, Culan se atreve a preguntar:

—¿Han dicho algo de los esclavos fugados?

—De dos que se lanzaron al agua y se salvaron, y de un tercero que se ahogó; sí, de eso se ha hablado. Pero no saben nada de Fatem. Thalos llegó a pie a su pueblo, de modo que solo vieron su nave de lejos.

Culan sabe lo suficiente. No había esperado de sus compañeros un esfuerzo más audaz.

Desde entonces tiene que ocuparse él solo de la orientación. La ribera es monótona y muchas veces cree ver un roble gigantesco de tres copas, pero no es el que da sombra a la tumba de Fatem. Caen la tarde y la noche sin que hayan alcanzado el objeto deseado. Al amanecer se mueven los remos y la galera avanza hacia nuevas tierras. Finalmente, la ribera presenta un paisaje que recuerda la imagen impresa en la memoria de Culan. Sin embargo, no es ese, porque el roble no está en el sitio que le corresponde y, en el mar de hojas verdes, no se distingue una copa de las demás. Cuando ya casi lo han dejado atrás, Culan vuelve la mirada y se fija: es otra la perspectiva. El árbol que se encuentra más delante hacia el prado se destaca del bosque que tiene detrás y tiene de pronto tres copas. Mira con más atención y observa una elevación en el suelo: ¡la losa de la tumba de Fatem!

—¡Parad! —resuena su anuncio. Todos los rostros se vuelven hacia el que ha hablado.

—Este es el sitio —dice, señalando con la mano en dirección al roble.

—¿Estás seguro? —pregunta Bor con el rostro demudado.

Culan asiente. Suavemente gira la galera y se acerca al punto indicado. Un bote lleva a los hombres no esenciales a la orilla. Cuando todo está listo y dispuesto, la comitiva avanza hacia el roble, con Culan delante. ¿Es el lugar buscado? Sí, pero algo no cuadra.

Culan no tiene tiempo de expresar lo que sospecha cuando la respuesta llega del bosque:

—¡El león!

Los hombres han gritado esa palabra como si saliera de una sola garganta, y el estruendo de tantas voces ha asustado al animal. En un instante desaparece en la verde espesura; luego crujen ramas en otro sitio. Los hombres han empuñado sus armas y esperan conteniendo el aliento. Tiembla la tierra con pasos al galope, una docena de lanzas cruza el aire, los gritos de los hombres se mezclan con los bramidos de una criatura moribunda.

—¡El león de Fatem! —dice Culan con la faz pálida. En la algarabía jubilosa se pierden sus palabras. Pero cuando cuentan las heridas del animal tendido, observan que su número no corresponde al de las lanzas.

—El león ya estaba herido —constata uno de los hombres.

Culan siente en ese momento posarse una mano en su hombro. Es Bor. Su rostro trasluce una honda emoción.

—Ven —dice.

Se detienen ante la tumba de Fatem. Están solos; los demás siguen haciendo corro alrededor de la presa imponente.

—Ahora lo sé todo —dice Bor con tono resignado—. Fatem debía morir. Los dioses lo habían dispuesto así. Enviaron un león para cumplir su sino. Tú lo desviaste, el otro lo consumió. No necesito abrir la tumba de Fatem para saber que lleva la herida del puñal de Thalos.

Hace una pausa. Culan observa un rictus de amargura en su boca.

—Tu buena voluntad merece una recompensa, aunque no haya podido detener la mano de los dioses. ¿Quieres que te devuelva a tu patria?

Culan lo piensa un instante.

—Quiero quedarme contigo hasta que haya aprendido el oficio del bronce.

—Puedes —responde Bor.

—Hasta que se haya hecho justicia con el oriental.

—A ese no lo veremos más —replica Bor con aire pensativo. Pero las últimas palabras de Culan han fundido por completo el hielo de su

corazón. Abraza al joven con los ojos arrasados de lágrimas:

—Quiero guardarte como si fueras mi propio hijo.

TEXTO ORIGINAL:

TONI HALTER SILS FASTITS DIL BRONZ

Sur il Danubi che meina sias auas en bufatga pendenza enviers la levada, dal cor dell'Enropa enviers la costa asiatica, quei flum maiestus che cula siemiond tras infinita planira interrutta mo da collinas e tgiembels selvus, sur quei flum semova ina nav el suleagl spuranau della sera. Igl ei buc ina nav ordinaria, aunc meins ina barca, igl ei ina puntera cun casa e regress che fa endament plitost ina palissada ch'in vehichel de transport. Vid aults arvers ei fermada ina tenda, la quala schada lucca d'ina vart, penda agradgiu sco ina bandiera bugnada. La casa d'avdar, la quala occupa scha il center della puntera, ha per pintga ch'ell'ei duas alzas. Quei ei capeivel, sch'ins ponderescha, ch'il plaunterren ei pli u meins adina sutta posts all'inundaziun da sutensi e neu dallas varts. Dal local giubass che marchesch'il tschaler meina ina scala sin tegia sura. In lautget formescha il pierti de quell'alzada schetga ed elevada, che posseda tut las premissas d'in'avdonza comfortabla. Il tetg de strom che finesch'adempéz dat alla construcziun igl aspect arrundau d'in canaster d'aviuls. Cura che la tenda ei stendida ed il vent favoreivels, sto ei esser in deletg de viagar sin las

undas ruasseivlas dil flum per quel che ha buc auter de far che de star sil lautget dell'avdonza navala contemplond il vegnir e vargar dellas plontas silla riva u il magic tapet dil firmament stelluu. Lu drov'ei denton aunc enzatgi che s'empatscha della realitad, che ha quita che la nav resti en siu vial, che curregia cun pala e guvernagl la tendenza imponderabla digl element.

Quellas forzas ein presentas, e sch'ellas ein buca dadas en egl tochen ussa, sche mo per motiv ch'ils basegns veva buca clamau ellas en scena. Ussa ein ellas cheu, sortidas dall'umbriva dil davoscasa, ina squadra de posturas realas e sburritschidas. Ils umens han tschaffau lur palas e sepeinan, bugnond ellas ell'aua, de dar in mussament de lur existenza e habilitad. In'egliada sil contuorn lai divinar l'intenziun che schai davos lur preparativas. Cheu fa il flum ina storta, ed ils pals che cuche gian ord l'aua e la riva zappitschada davosvart indicheschan il liug de fermada. Igl ei in englar solitari amiez igl immens uaul de feglia, il qual ha d'engraziar la preferenza ch'el gauda ad ina fontauna sgarguglionta. Suerter in cauld di de stad

sepresenta il liug de refrestg als navadurs dil Danubi sco l'oasa als viandonts dil desiart.

S'avischinond la puntera al liug designau, sededesta la veta sin siu palancau. Ils umens cullas palas manevreschan cun carschenta precisun, stauschan e freinan e segidan culla peisa de lur corps per far sortir la nav ord il current dil flum. Il sinzur de lur vuschs, tochen ussa in viriveri confus, pren in ritmus disciplinai, dirigius d'ina voluntad superiura. Eis ei igl um al guvernagl che dat en il tun, ni eis ei aunc enzatgi che stat sur lez? Senza ch'ins hagi udiu il minim sgrusch sto igl esch della tegia sura esser s'aviarts, pertgei sil lautget stat ina persuna nova de tenuta lassia e distinguida, e sper ella sco la propria umbriva in tgaun. Um ed animal paran mo de contemplar quei che succeda entuorn els, mo sch'ins fa stem pli bein ed observa co ils tgaus dils luvriers sestendan encunter quei punct central della nav, sche ein ins inclinaus de supponer, ch'ei seigi dapli che mo curiositad e meraviglia che miri giu da leu. Daveras, schi prest ch'il manever naval ei reussius, e la nav francada vid ils pals, seretila la figura el fons della cabina aviarta.

Ils umens lavuran vinavon. Els construeschan cun material ch'ei avon maun ina punt dalla nav alla riva che lubescha in s'embarcar cun peis schetgs. Igl ei tschun dels che separtan ella lavur cun ina premura fanatica. Igl um dil guvernagl ha bandunau siu post alla cua della nav ed ei semess en cumpignia dils auters. El mira tier, co la lavur vegn fatga, ed ei para che dal mument ch'igl um dil lautget ei curdaus ord vesta, hagi el la pussonza de far menar il tgaun ils luvriers. El passa sco emprem sur la punt, mo el fa quei mo per empruar sch'ella tegni, pertgei el tuorna anavos senza haver tschenta il pei silla riva. Ses umens fan denton spalier dellas varts, sco sch'els vessen d'impedir ch'enzatgi falleschi il pass, passond dalla nav sil piogn. Els san spetgar in mument

en quella posiziun, tochen ch'ei plai alla persuna distinguida de comparer.

Finalmein! Nus essan buca surstai d'enconuscher egl um cun il tgaun il marcadont oriental, il medem che nus vein viu avon la tenda d'Agrun, il medem che ha dau d'entellir a Culan, tgei ch'ei vul dir esser cumpraus d'in negoziant de bronz. Nus essan buca surstai, e tonaton stuein nus mirar cun smarvegl sin quei jester, vesend el a sortir dalla casa navala en bratsch cun ina persuna feminina de postura graziusa, culla fatscha zuppada davos in vel, in'appariziun angelica e delicata, ch'ins vess buca supponiu en in contuorn aschi burgaliu ed il meins de tut en bratsch d'in semegliont grobian. Igl um che veva tschenta cun saung freid il péz de sia lonscha sil nuv della gula dil giuven muntagnard ei spironta amicabladad e curtesia el contact culla femna che passa sepusond sin siu bratsch sur la ruha palaunca della nav. Ils umens sbassan lur testas avon la signuria e restan nunballuonts tochen che la grupp de treis (il tgaun formescha la conclusiun dil til de reverenza) ha contonschiu la riva. Lu serenda mintgin sin siu post, mintgin all'occupaziun che para ded esser fixada entras igl usit dil survetsch. Suandond lur capo scomian ils plirs ded els la pala de remar culla lonscha e serendan a riva, nua ch'els sepiardan cuninaga ella periferia digl englar. Lur pareta guerrila lai concluder sin intenziuns de catscha u silmeins de defensiva enviers igl esser malquess della selva. In dils pli passai resta anavos silla nav sco guardia, ferton ch' il restont seproveda cun requisits e rauba de cuschina e suonda las passivas dils auters.

Igl ei las uras della tschavera, il mument che tschenta era ils speculants dil bronz avon la necessitad elementara della veta. En buca ditg sesaulza ina bandiera de fem sidavon alla tenda verda digl uaul, fagend de saver, ch'igl idil dil fug campester hagi buca piars si'attracziun, era buc tier quella sort gliud.

Igl um ch'ei restaus anavos silla nav para medemamein d'enconuscher siu program. El va entuorn la hetta, dustond quei e tschei, e seproveda finalmein era cun ina lontscha. In guardian sto haver in'arma, quei secapescha, e nies um culla bera sblihida pren serius siu uffeci. El urenta sia lontscha, sco sch'ei fuss l'emprema ga ch'el brancava si'asta, e siu maun va carsinond sur il péz de bronz che munta els mauns dil fumegl ina rihezia disproporzionada.

Tgei sort de pertratgs pon ir en quei mument tras siu tgau?

Ha el buca stuii vender sia libertad per astgar tener en maun in semegliont scazi? Tgei vess la veta saviu porscher ad el, sch'el vess saviu brancar quell'arma en ses giuvens onns senza la remessa de sia persuna? El fuss oz zanua auter, vess astgau carezar e retscheiver carezia, vess tetg e famiglia, vesess siu tschep a flurir, cura ch'el fineva ses dis!

La visiun d'ina ventira munchentada ei in marteri, ina peina de condemnai, cura che la grimassa della sort, ch'ei tochen ad in cert grad quella dell'atgna empudientscha, sdermeina en fatscha ils plaids: memia tard!

Igl um silla nav para de sentir quei affrunt beffegiont, pertgei el smeina fasierliamein sia lontscha tras l'aria, sco sch'el vess de batter cun in inimitg nunveseivel. Lu semovan sias levzas, e l'expressiun de sia bucca ei dira e petra: «Smaledida canaglia!»

El ei sez surstaus de ses plaids, e la sorpresa de sesez ha pil solit in aspect comic. El sto studegiar vinavon, e la sulegliada che semuossa sin sia fatscha ei il reflex d'ina nova enconuschientscha: Igl ei adin'il medem, tut serepeta sut il sulegl!

Brancond si'arma tenor il duer d'in guardian, fa el ils pass che separan el da si'obligaziun, e murmignond ella barba, pronunzia el ils plaids:

«Vus deigies buca haver meglier ch'in auter!»

Igl um stat avon il tschaler della palissada. Per bass ch'el ei e humids, il local ha siu esch, che lai sminar ch'el surveschi ad in cert diever enteifer il menaschi naval. Ei dat empau fastedi agl um de dislocar il slegn mo cun in maun, mo inagada reussiu, stauscha siu bratsch igl esch cun in sbat encunter la preit.

«Vegn ei prest!» strembla sia vusch tras il step cambarlet.

In ustgem ed in sinzur de vuschs supprimidas. Lu compara ina figura de carstgaun silla sava che tila suenter ella aunc duas semegliontas.

Las persunas ein ligiadas vid mauns e peis e cadenadas ina vid l'autra. Il semover ei impediud taluisa, che mo il sortir dalla perschun ei gia in strapaz. Ei va schi plaun, che la pazienza dil survigilader vegn messa sin ina dir'emproma. Schi prest ch'ei selai, tschaff'el il cantun della suga e gida suenter cun in sdrap. Il resultat ei quel, che sia glieud schai en grugn avon ses peis.

«A vus vi jeu mussar de cuorer», resonescha sia vusch, ch'ei rebatta profund ella selva, ed el tila ord la tschenta ina gheisla cun moni cuort ed in tschuppel penderletgs.

Sias unfrendas fan buca sun e sesprovan, schi mal ch'ei va, de levar en pei. Quei ei la suletta tactica per sesalvar della missla, e tgi less dir, contas emprovas ch'ei ha duvrau, tochen ch'ils novizs han giu capiu quella regla. Ussa stattan els sidretg avon lur meister, e la gheisla smenada varga sur lur tgaus vi sco il tun senza cametg. Culan! Eis el ni eis el buc?

Igl um ha ual sligiau agl empren della gruppa ils ligioms dils mauns. Quel fa diever de sia libertad per dustar ils cavels ord il frunt. Giebin, igl ei!

Mo co ves'el ora? Tschufs e pallids, cun eglis e levzas che renfatschan la munconza ded aua frestga ed aria. Mo igl ei Culan, il tip

muntagnard cull'urdadira serrada e l'egliada aviarta, il giuven che siemiava della lilertad dils camutschs e che veva anflau la caverna dils sclavs! El ei quel, mo la dira experienza para d'haver fatg or dad el in auter. Forsa eis el il medem, ed igl ei mo la condiziun disfavoreivla dil mument che tschorventa noss'egliada? La risposta lein nus schar dar igl avegnir.

Mo tgi ein ils auters? Glicud giuvna, secapescha! La valeta dil sclav schai en sia giuventetgna. Igl ei dus mats della posa de Culan, e sch'ei fallescha buca tut, eis ei dus enconuschents: Zacca e Sparc! Ils dus socis de Latsa en cumpignia de Culan! Quei era l'ovra de Derwa! Ell'era sevindicada vid il verd ed il sec, per ch'ei resti neginas perdetgas che regordien ella de sia setrumpada. Tgei satisfacziun per sia luschezza violada, sch'ella savess mirar en quei mument il sbittader de si'amur, ligiaus cun ina suga vid ses adversaris ed intrigants, a mond sur la puntera dil marcadont, starschliu e humiliaus, cul pass reteniu dil perschunier!

Ei selai daveras buc ir memia bein cun in rentamogn vid ils peis, che lubescha mo in pass limitau, mo ir va ei! Igl exercezi ha gia ulivau in ton della difficultad. Culan ordavon, tschels suenter, ed alla fin dil til il guardian, en in maun il cantun della suga ed en l'auter la lontscha, aschia semova il conduct entuorn la casa della nav. Denton va il sulegl da rendiu, e dal funs digl englar munta in pindel de fem encunter l'immensitad d'in firmament grischblau.

Il transport de sclavs ei pli difficils che quel d'in'otra marcanzia. Ei drova mesiras preventivas encunter la fuigia, ina dira dressura per supprimer la resistenza, e sper tut quella pitgira ina purziun quitau per la sanadad ed il beinstar personal dils supprimi. Ils candidats della fiera munglavan malgrad la schicana pitida sepresentar cun vestas cotschnas e membra vigurusa agl egl calculont dil cumprader.

Quei era il motiv ch'arveva als galiots la porta ina ga il di, e ch'obligava els de far cun lur meister la trottada entuorn ils mugrins de lur perschun. Suentar quei exercezi dev'ei in bogn ed ina sufficienta tschavera, e cun quei saveva igl um dil mistregn, ch'il sclav sappi subsister.

Ton il guardian sco ses subdits fussen stai leds de concluder il sault, sch'il signal ch'els spetgavan neu dalla riva fuss arrivaus, il signal della tschavera preparada. Mo il mument desiderau setardava, e fom e malpazienza sbrinzlavan ord ils eglis dils murtirai sco las flommas d'in incendi supprimiu.

Cheu! Da zanunder ei vegniu in sinzur. Mo tgei sinzur?

La gruppa de galiots ei sefermada cun in zaccogn. Avon ch'ella vegni de render quen dil remarcabel, davent'ella perdetga d'ina scena smisereivla. Ord il funs digl englar arrivau ils cussadents della nav burlend e smenond la bratscha, currend per lur veta. Agl ur della selva semuossa e svanescha zatgei camegiont brinmellen, ed ussa stat ei leu cun ina maiestad de snarrir: il liun!

Avon ses peis schai la preda ch'el ha catschau, ins po buca distinguer tgei, mo als aspectaturs silla nav va ei freid dal dies giu.

Il retg della praeria aulza il tgau culla bera tremblonta e mira suenter als fugitivs. Lur grir e giblar irritescha sia gnarva. In segl surora a quei che schai giun plaun, ed el sesanfla en cuorsa rapida sils fastitgs dils endridaders. In'anguscha panica surpren ils periclitai e stgirenta lur vesta. Tgi ch'ei ordavon sederscha sil piogn, nunditgond che quel stetti u derschi; auters suondan e sgolan ellas undas. Tut che fui, mirond per sesez, ch'ei meini al salit u alla perdiziun, mo ord via al pass stremblent della mort en persuna. Dabot, dabot, ni ch'igl ei memia tard! Ha, uss eis ei fatg! La riv'ei svidada, ell'aua ni silla punt, tut ei naven... Halt! Ell'ha schau dar il maun de siu protectur la davosa

secunda. Lez ei svanius ellas undas, ed ell'ei curdada anavos silla riva, en bucca al grond assassin.

In gibel moribund, in soli! L'anguoscha ha paralisau la vusch, mo la persuna sedrezza ad ault, tochen en schanuglias, e mira encunter agl animal scarpont.

Quel seretegn en sia cuorsa, surstaus de vesser ina pred'avon el che fa in moviment cuntrari agl usitau. El seplacca alla moda dils gats e contempla sur la distanza d'in pèr pass la remarcabla creatira. Fertion che sia testa imposanta sesbassa carsinond sur las brauncas ruassontas, semova sia cua el tact, buntganond ils stumbels della conna. La situaziun ei aschi maluardada, la malura schi palpabla e maneivla, che tut stat eri e quescha. Il proxim batterdegl sto il nunevitabel succeder.

Cheu! L'aria dat anavos in tun schulont. Igl animal termagliont ei semidau en ina bestia furibunda. Mo el tralai il sprun anavon, el saulta en in turmegl desperau entuorn sesez. La lonscha che sesa profund en sia costa ei igl object de siu turment e de sia ravgia smisereivla. Il burlir digl animal blessau sepiard'en in nibel de puorla, de tschespets sgulonts, se piard'e svanescha, ed il liun ei buca pli leu nua ch'el era.

Ussa sesligia la schiradetgna sco sut la frida d'in magic. Tgi che ha in'arma enta maun, smeina quella cun bravura, tgi che ha ils mauns vits, muossa il pugn, e tgi che ha silmeins la bucca ord l'aua, grescha e smanatscha. Ferma bratscha aulzan si da plaun la dama sventirada e portan ella silla nav. Quels ch'ei mo miez salvai e che penden culs mauns vid igl ur della puntera vegnan tratgs si suren. Denter quels sesanfla il marcadont. Siu emprem quitau ei dedicaus alla signura. Ils fumegls vesan el en schanuglias avon ina fatscha pallida culs egls serrai, vesan co el trembla pil puls d'ina veta humana.

Mo in ei remarcablamein quiets, Culan! El ha ils peis ch'ei bloccai, schiglioc fuss el buca

cheu pli. El mument critic ha el priu la lonscha ord da maun al guardian, senza che quel encorschi, e liberau la situaziun. El vess mo giu de dar in tagl al sughet, mo giu da patertgar vid sesez avon che s'empitschar de siu concarstgaun, ed el fuss in um liber. Duei el s'enriclar de quei ch'el ha fatg? La vusch dil cor di na, quella digl instinct di nuot. E gl'instinct ei la vusch dell'esperienza.

La signura, ch'els fumegls han mirau senza vel, gudend en ses tratgs pallids bellezza e giuventetgna della femna, ha finalmein aviert ils egls. Ella viva e respira, mo siu spért ei absents, curclaus vi cun il vel dell'anguoscha. Igl oriental sa ual mussar sia fatscha la pli amureivla, sa pèr discuorer en tut ils tuns della scala de carezia, l'egliada della femna resta pitgiva sco quella d'in siemiader che stat sut la pressiu d'in derschalet. Ils fumegls ein perplexs, van e vegnan sco tgauns bastunai ed anflan pigl um ch'els teman ni plaid ni confiart. Els san tgei far cull'autorità, cun in camond ed ina smanatscha, mo culla tribulaziun de lur signur san els far nuot. La compassiun ch'els han stuiu supprimer viers sesez ei era stizzada pil diever dil concarstgaun.

Il marcadont ei allerts avunda per sentir la crisa dil mument. Tgi che baghegia sin dressura, sto saver che davos l'obedientscha sezuppa la revolta, e ch'ei drova in squetsch constant, per che l'aua che vegn sfurzada silla vart ch'ei cuntraria a sia natira, tuorni buc anavos. El stat sin peis, encurend la tenuta lassia de freida indifferenza, e camonda partenza. Sil fiat ein ils umens sin lur posts. El ha buca basegns de dumbrar, el vesa ch'igl ei in pli pauc, e sa che quel tuorna buca pli. Il tgaun ei era naven, ed igl ei bien ch'igl ei aschia, schiglioc fuss siu patrun buca cheu. El ha discuvretg e tradiu la preschientscha dil liun, il qual (encurend probabel la fontauna) era sezuppaus el spessom. El ha ensem cul fumegl malprecaut occupau la bestia quei mument ch'ei staus sufficientes

per la fuigia dils auters. Igl oriental sa stimar la sperdita d'in tgaun e d'in um, mo el stuess buc esser negoziant per buca haver empriu de s'accordar al giug lunatic de gudogn e sperdita.

Vesend el che tut semova tenor program, ughigia el puspei de s'occupar de quei che stat il pli datier a siu cor.

«Fatem, audas ti mes plaids?» respiran sias levzas.

El ei in bi um de mesa vegliadetgna, cun fatscha brina e barba cultivada, cun in pèr eglis grischs che resplendan calira e pissiun. Quei ch'impedesch'el ded esser simpatics, ei l'expressiun de malezia che schai sin scadin de ses tratgs.

El tuorna a clamar la sventirada, quella ga cun tala fervur, che la malezia vegn supprimida in amen dal reflex d'in sincer sentiment. Il griu ord il cor resta buca senza sinzur. Sur la fatscha alva de Fatem va ina fina cotschnur, sco sch'il saung fuss returnaus en quella regiun suenter liunga assenza. Ella siara ils eglis, e cura ch'ella tuorna ad arver els puspei, eis ei in'otra egliada che quella d'anson. Ils eglis enqueran ed enconuschan.

«Nua ei il liun?»

«Fugius!»

«Tgi ha fatg fugir il lion?»

Igl oriental targlina in mument. Con lev fuss ei de dir: «Jeu sun quel!» Mo tgisà sch'igl egl della revegnida veva buca francau sin siu furs aunc buca svilupau il maletg de siu ver liberatur?

«In sclav eis ei stau», rispunda el riend.

«Muossa a Fatem quei sclav», rogan las levzas della femna giuvna, ed il giavisch ei aschi intensivs ch'el dat alla persuna la forza de se salzar.

Il marcadont cloma neutier il vegl dils navadurs, quel che nus vein numnau il guardian, e damond'el cun accent reprimont:

«Nua sesanfla il sclav della lontscha?»

«En siu local cun ils auters», replica il fumegl.

«Va per el!»

Il guardian ha in mument d'execuir quei camond. Denton meina il marcadont sia spusa revegnida el liug de lur communabel decasa. Pér ussa vein nus caschun de contemplar quella persuna ch'el decuors dil schabetg ei semussad'a nos eglis sco l'appariziun fluenta d'in fantom. Fatem ei giuvna, bunamein memia giuvna per esser zatgei auter al marcadont ch'ina feglia. Schegie sviluppada cun tut la rihezia della natira feminina, vul ei parer, ch'ei tarlischis vid quella rosa s'aviarta aunc tut la rugada della damaun virginala. Fatem ei biala de fatscha e postura, mo il bi fascinont de siu esser schai en ses eglis stgirs che resplendan la naivitat d'in infinit smarvigliar. Igl ei buca de far curvien, ch'il marcadont adura quella persuna graziusa, schi polara a siu agen esser, e ch'el protegia siu possess cun la schalusia fanatica de quel che posseda senza dretg. Da l'autra vart capin nus era, che la persuna giuvenila che resenta en beada eivradad l'aurora de si'existenza vul resalvar per sesezza il dretg dell'illusiun enviers il dictat egoistic d'ina voluntad jastra.

Culan vegn presentaus al pèr signuril sil lautget de lur avdonza, ligiaus vid mauns e peis, sco quei ch'el era sortius dalla perschun. Siu menader survegn il camond de seretrer. Ils treis dels ein persuls, entuorn ils quals in destin nunperscrutabel veva strenschiu susura in ligiom de fatala dependenza. Els miran in sin l'auter, e mintgin reflectescha per sesez il pro ed il contra de lur s'entupada. Quei ch'ei stau per in ded els in giavisch, ei stau per l'auter in camond e pil tierz ina concessiun. Tgei bien saveva sortir d'ina radunonza en treis, nua ch'ei dava de posseder mo per in?

«Ti eis quel che has fiers la lontscha sil liun?» empiara il marcadont, rumpend il silenzi.

«Jeu sun quel», rispunda Culan.

«Jeu engraziell a ti», continuescha igl oriental, pren ord siu vestgiu in stilet e taglia il sughet che rentava ils mauns a Culan. Dond enta maun igl uaffen al sclav, dat el d'entellir, che quel astgi far il medem culla ligiadora dils peis. Culan ei libers. El savess ir, mo el va buc. Zatgei regegn el sco cun ina pussonza magica.

Ses eglis ein s'entupai cun quels della persuna liberada ed han viu de quei eh'els vevan aunc mai viu, l'admiraziun d'ina femna ed igl engraziament d'in aungel

El para de sedestadar d'in siemi, udend el la vusch dil marcadont tschentar agli ina damonda:

«Co sa il signur remunerar siu sclav per in semegliont survetsch?»

Culan ei memia absents per rispunder.

Fatem rispunda en siu stagl. Ella sligia ord la faulda de siu mieder ina fibla de bronz cun tgau ciselau, il pli custeivel ch'ella porta vid sesezza, e tonscha quella a siu liberatur cun ils plaids:

«Pren quei de mia vart.»

Il signur oriental ha assistiu alla scena culla tschera rienta dil beinvulent.

«Ti sas ir», di el a Culan. «Per ad interim sorprendas ti il post dil fumegl disgraziu; denton vi jeu studegiar co jeu sai de mia vart remunerar il survetsch prestau.»

Culan ei aunc adina sepiars, cura ch'el sesanfla sil palancau della punt. El ha buca viu il segn, ch'il signur ha dau a siu um de confidanza sper il guvernagl e buca observau co ils fumegls ein sefultschi in mument entuorn lur capo. El ha de studegiar, nua ch'el vul plazzar sia fibla. En sia bunamein perfetga niuadad ei quei in problem. El anfla la sligiaziun, fitgond ella atravers la cuma de ses cavels.

Denton fa ei brin. La nav fila sur las undas pacificas dil flum, e la ramur dell'aua ed il tschallatem dellas palas intoneschan la canzun de durmir sur la travaglia d'in di agitau.

Culan gauda il deletg de saver semover en libertad, ei baul cheu e baul leu, prompts de gidar, nua ch'ei fa basegns, e gnanc studegia de durmir. Cura ch'ei tucca d'ensemien ell'olma, era sch'igl ei in tuchiez de fiasta, fui la sien. Vesend el, ch'el ei buca necessaris ni en in liug ni en l'auter, semett'el a seser sper igl um dil guvernagl e contempla siu cunfar. El ha cuninaga capiu il connex denter ils treis facturs che diregian la nav, las palas, il guvernagl e la tenda, ed admira la ruasseivladad e precisun cun la quala ils umens lavuran el stgir. El vul entrar en raschienen cun siu vischin, mo obtegn per risposta in sgregn. Ina secunda emprova raccolta in marmugn indefiniu. Culla tiarza rabetscha el neunavon il plaid.

«Nua ch'els sesanflien?», ha Culan dumandau.

«Adina aunc sil Danubi», replica igl um.

«Essan nus prest alla mar», empiar'el vinavon.

«La mar ei lontana.»

«Dat ei mo ina mar?»

«Jeu enconuschel mo la mar de Tauris; mo sch'ins mass da cheu anora encunter sera, vegness ins ad in'otra mar che stat pli demaneivel a tia tiara.»

«Co senumna quella mar?»

«Igl ei la mar dils Italics.»

Culan studegia. Ha el buca gia udiu quei num enzanua? Plaunsu anfl'el il fastitg. Quei era stau cun ils marcadonts de Scaz. Els vevan plidau dil commerci pusseivel culs Italics e detg, ch'ei seigi pli lunsch che Latsa, e che la via meini encunter miezdi.

En siu tgau entscheivan patratgs ed ideas a prender fuorma. Dalla mar dils Italics stuess el anflar la via ella Rezia, e quella mar secatta enviers la sera. Mo lur nav semova encunter la damaun!

«Con ditg va quei viadi?» s'endriescha el tier siu vischin.

«Gliez sa il patrun», rispunda il navadur; «denton vegnin nus en paucs dis sper in marcau, nua ch'ei dat ina fermada.»

Il raschienen daventa nunpusseivels pervia dil suffel sullevau che dat fadigia als navadurs e stinschenta il plaid. Culan seretila davosaura e passenta la notg silla scala che meina all'avdonza de Fatem.

Podà ch'el ha durmiu e siemiau. Vegnend el a sesez, ha el l'impressiun d'haver udiu in gibel stinschenta. El teidla cun battacor, mo el sbatter della tenda, el rumblir ded unda e pala, auda el nuot pli che stess en connex cun siu quet. El secalma e selai ballontschar danovamein en in stadi cupidont. Vonzei aud'el a mond igl esch dell'alzada sura. Zatgi semova silla laupia sur siu tgau. El resta nunballucconts e nunobservaus. Mo en sia fantasia, denter sien e cupid, succedan caussas dramaticas. Igl agen resentiu va a pèr ed en crusch cull'impressiun d'ordeifer, ed ord la mischeida confusa neschan novas situaziuns. El vesa la dama en fatsch'al liun, auda siu griu moribund e queta d'udir el puspei en in gibel stinschenta. El aulza la lontscha, laghegia e smeina, mo la fiersa succeda buc. El tegn enta maun ina fibla de bronz!

Il liun ei svanius en ina nebla de puorla, e leu nua ch'el steva, stat cun tschera rienta igl oriental. El enquera la fatscha de Fatem, enquera siu maun e sia bellezza statura, mo tut sespiarda e sesligia sco il dutg el turmegl della cascada, ed anavos restan dus egls ed in'egliada smarveglionta.

Culan ei leds de sedestadar.

Igl ei sefatg clar. Neu dallas rivas rebatta il schulitgem de mellis utschals. Dils tschun navadurs ein mo dus sin posta, ils auters schaian per liung silla palaunca e runcan. Ell'alzada sura ein ins a strada. Culan auda in ustgem de pass e selegra dil mument che Fatem compara per salidar l'aurora dil di naschent. Mo el sa spetgar cun peda. La veta silla puntera fa plaun de

seraghegliar. Mond cul maun sur frunt e cavels per dustar ils fastitgs della sien, palpa sia detta la fibla de bronz. El pren e contempla cun nova meraviglia il custeivel object.

Bronz! La secunda ga ch'el tegn en maun in object de quella materia cul patratg ch'el seigi ses! El admira e streha il neidi metal e seferma culs egls vid la platta ciselada che formescha il tgau della fibla. Per pigns ch'el ei (la platta ha la dimensiun e fuorma d'in fegl de badugn) quei spazi ensiara ina rihezia d'ornaments. Igl ei lingias, menadas cun in finezia péz ella surfatscha glischa dil metal, lingias d'ina regularitad singulara. Il center occupaescha ina figura ch'ei nundispiteivlamein in simbol dil sulegl. Culan giubilescha, tonpli ch'en quei mument sesaulza il ver sulegl sur il bass horizont. Tgi che ha purtau quei ornament, ei era della glisch! E sut ils radis dil sulegl matutin semida il bronz en ses mauns en aur, en in veritabel tesor.

L'arrivada dil sulegl porta il risvegli als avdonts della nav. Culan sto festginar de metter a liug sia fibla, sch'el vul buca vegnir surprius en siu deletg affonil dall'egliada maldulada de siu contuorn. El valzen d'in pèr respiradas ei tut en pei.

La cuorsa dil flum ha contonschiiu ina cuntrada meins selvusa e solitaria. Las largias daventan pli vastas, ed el funs pon ins distinguer la colur pli clara de pastira e terren cultivau. Ils umens han pil mument pauc de far. Els selavan cun aua dil flum, fieran la corda cugl aunz ellas undas u stattan a plaz entuorn lur capo. Culan ha fatg per senn, ch'el vegn pertgiraus, mo el senta en quei mument negin talien de scappar. Ils fumegls fidan buca ded el, ni ch'els han in cert respect avon quel che ha attaccau il liun e gauda la favur dil signur. Els ughegian gnanc de dumandar el suenter la derivonza della fibla ch'els vesan tarlischar en sia cuma.

Tut en inagada compara il signur sil lautget de sia casa. El fa quei cun pli bia rueida che quei ch'ins era disaus ded el. Tuts ils tgaus sevolvan encunter la punt dil commando. Tgei eis ei cugl oriental? Nua ha el schau sia tenuta lassia ed indifferenta? Ni para ei mo, ch'el hagi mess en ses moviments enzatgei pesont e solemn?

El dat in segn de s'avischinar.

«Jeu scarpel avon vos egls mia vestgadira», di el cun vusch seriosa, e ses plaids suonda l'acziun che resplenda dolor e desperaziun.

«Fatem ei morta!»

Dils presents eis ei mo in che sto suporimer cun fadigia in griu de sorpresa. El vegn pallids e sto laguoter la spida, ferton ch'ils auters dattan buca d'entellir la minima emozion.

«Fatem ei morta», repeta il patrun. «L'anguoscha d'ier sera ha rut il cor alla giuvna signura, delicata ch'ell'era e sensibla enviers il rubiesti e crudeivel sco la gelgia enviers la purgina.»

Ei suonda in mument de silenzi.

Lu continuescha il medem cun in tun pli causal:

«Nus mein a riva ella proxima largia e fagein che nus vein buca letgas de schar.»

Detg quei, seretila el en si'avdonza.

Ils famegls sepreparan immediat d'execuir il camond, e Culan sto laguoter sulets l'entira sorpresa e la bova de tgisàs e damondas. El mira tut sepiars encunter il liug che zuppenta quella novitad monstrusa e ha de batter cullas larmas. Igl ei in levgiament, ch'el auda la vusch dil capo en quei mument che camonda de metter maun vid las palas. La puntera s'avischina alla riva. Dalla laupia anora desegna il marcadont, nua ch'ils fumegls han de cavar la fossa. Tuts serendan a riva deno el ed ils sclavs, scungirai en lur camon. Ella riva d'in ruver gigant cun treis tschemas anfla Fatem siu liug de ruaus. Cura che la fossa ei preparada, tuorna il capo anavos alla barca. Ils fumegls vesan, co il patrun

sortescha dal local culla bara sin bratsch, co el descenda cun precauziun la scala, e co el surdat la tresta purtadira al survient. El sez suonda. Arrivaus il conduct sper il ruver, vegn la bara tschentada silla tiara. Igl ei nuot de veser pli de Fatem, buca ses egls admirabels, gnanc ina niala de ses cavels. Igl entir tgierp ei enfaschaus, e la fatscha curclada vi cun il vel.

Igl oriental dat in'egliada sur igl ur della fossa e sesnuescha.

«Mei per flurs e verd», camond'el cun tschera svegnida.

Quei daventa cun mauns pleins, ed il brin della tiara semida en in tepi de verdur. Il patrun ed il capo mettan la bara ella fossa. Culan ha salvau enta pugn in puschel flurs ch'el lai suandar. Ils auters suondan siu exempel e sdrappan danovamein, tochen che la bara ei cuvretga de flurs. Igl entiamment procureschan ils fumegls.

«In pèr craps», ordeina il patrun.

Ils fumegls ston ditg sestentar, tochen ch'els anflan alla riva crappa della grondezia giavischada. Vul el ornar la fossa cun tal monument? Strusch, mo impedir ch'ella vegni profanada dallas bestias selvadias. In pèr roms dil ruver cavegliai surenvi enzuglian en verd ils fastitgs della tiara, fan nundistinguibels enviers la selva desiarta il liug ch'ensiara la sort d'in human.

«Mei», camonda igl oriental, e culs tgaus in tec davongiu seretilan ses trabants silla nav. Culan ei amiez la colonna, e fatschentaus ch'el ei culla tragica de Fatem, survesa el l'ocasiun de scappar, l'emprema ch'ei sepresentada cun schi pintga resca, dapi la partenza de Zulsa. In segl ord la retscha, e buc in dils presents fuss staus el cass d'impedir sia fuigia. Cura ch'el sesanfla silla nav, camegia il patratg tras siu tgau, memia tard daveras, mo el conceda a sesez, ch'el fuss en quei mument buca staus uerts per ina tala aventura. Ei era l'egliada de Fatem e ses mauns

nunveseivels che retenevan el cun pussonza irresistibla vid la nav de siu tiran.

Quel ei aunc adina leuvi sper il ruver, mond vi e neu, sco sch'ei fuss era per el buca lev de sesparter dalla vischinonza de Fatem.

Tettenina stat el cheu. Sia fatscha ha piars il vel de tristezza, e ses tratgs malizius domineschan cun in accent crudeivel. Tut mo signur e patrun s'avischin'el a sia truppa, inspectond in e l'auter cun egliada perforonta.

El seferma avon Culan. Si'egliada sgola sur la postura giuvenila d'excellenta proporziun, sur la fatscha temeraria cun l'egliada sincera, e croda sigl object tarlischont che para ord la cuma dil muntagnard. El va vitier, tila la fibla cun in sdrap ord il cani de cavels e tegn ella en dus dets avon ils eglis dil surstau.

«Ina biala fibla», di el beffegiond, «memia biala per fittar la cuma d'in sclav.»

Cun in lassi moviment betta el la custeivladad ellas undas dil Danubi.

«En perschun cun el!»

Ils davos plaids eran drizzai al guardian.

Culan trembla della gretta, mo en vesta a sis umens ha el la grazia de sedumignar. En in dai ha el ils mauns ligiai davos il dies e vid ils peis il sughet frenont. In stausch ed in sbat, ed el sesanfla el camon sper Zacca e Sparc.

Per l'emprema gada vesan ils socis lur camerat a bargir. Els ein stai perdetga de sia preschientscha de spért e sentan, ch'ei sto esser iu mal cun el, ch'el turnava sco sclav. Lur relaziun era stada tochen ussa quella de freida rivalitad. Sil fundament de scuidonza davart dils socis e d'irreproschabla supergia davart de Culan era ei stau nunpusseivel de s'entupar auter ch'en odi e sprezz vicendeivel. La dressura dil meinasclavs veva temprau il caprezi e supprimiu il levseinn, mo el medem temps serrau ils cors rivalisonts de dus encunter in cun il sigil della petradad. Lur viver en treis era ina constanta accusa e reproscha, in pitir digl agen discletg ed

in selegrar dil discletg de l'auter. Ei ha duvrau il bancrut moral dil ferm, sinaquei ch'ils fleivels enconuschien en el lur frar. E quella situaziun era scaffida, el mument che Culan schischeva avon ils peis de Zacca e Sparc, singluttond en perfetg abandun.

Zacca, il giuven dils socis, in mat della vegliadetgna de Culan, mo per debia pli zaclins che lez, cun ina fatscha intelligente e cavels blonds, ei igl emprem che anfla il plaid.

«Buca bragia, Culan, neve buc, ei vegn franc puspei bien.»

Quels plaids de cor, aunc mai udi en quella societad, augmentan aunc il torrent de larmas dil sventirau.

Sparc ei il vegl de tuts treis ed il grond. El ha cavegls ners ed ina fatscha lada, fermas massialas ed in nas plat. Sia urdadira ha zatgei pacific, sensual e buca snueivel allert. El ha sez de batter cullas larmas, mo sesprova de confortar il cumpogn terrau cun dir e repeter:

«Lai ual, mo lai ual.»

Plaun alla ga secalma Culan. El sesenta levgiaus entras la bargida, senza propi saver de tgei. Er'ei stau la spiarsa della libertad, la privada della fibla, er'ei stau la humiliada de sia persuna avon ils eglis dils fumegls u er'ei auter e pli profund che veva tgiemblau en si'olma in schi grond permal? El sez vess fastedi de dir. Cura ch'il carstgaun bragia las larmas digl abandun, lu bragia el buca pervia d'enzatgei, lu bragia el pervia de tut.

Sesalzond dal pertiara sesprov'el de dar a sia persuna ina tenuta adeguata. Las larmas ch'el sa buca schigentar, e ch'el ha spons abundantamein, brischan vid sia vesta. Mo il mirar beinvulent de ses camarats mitighescha il barschament e prenda naven il turpetg d'haver scuvertg siu cor.

Enrihius sa mo quel vegnir, che arva siu esch, pertgei nua che nuot sortescha, sa era nuot entrar. Culan veva unfriu sia resalva, la loscha

qualitad dil muntagnard, mo arvend il rempar de siu intern, vev'el acquistau l'amicezia.

Ils camarats lain peda a Culan d'anflar sesez. La nav ei denton semessa en moviment, sco quei ch'els sentan. Il temps della perschun ei aschi abundonts, ch'ins sa spetgar, senza ch'ins resenti il mument silenzius per penibels.

«Jeu hai bia de raquintar», ein ils emprems plaid che vegnan sur las levzas dil revegniun. Mo enstagl de raquintar, fa el ina damonda:

«Co veis vus durmiu questa notg?»

Ils socis ein surstai. Vul el tener els pigl asen? Sia fatscha tradescha buca lezza intenziun. Els miran in sin l'auter e queschan.

«Vus veis udiu nuot?» tuorna Culan a dumandar.

Ils dus studegian in mument; quella damonda ei pli concreta. Il grond scrola il tgaue l'auter rispunda:

«Nuot aparti.»

«Lu hai jeu siemiau», concluda Culan.

«Raquenta», fa in dils giuvens.

«Fatem ei morta.»

«Morta?» smarveglian omisus.

«Questa notg.»

«Questa notg?»

Ei dat ina pausa.

«Lu ha ella buca patertgau de nus, cura che siu spért ei sortius»¹², reflectescha il blond, «schiglioc vessen nus stuii udir in segn.»

«E perquei ch'ell'ei morta, has ti stuii turnar en cheu?» empiara l'auter.

«Jeu hai in sgarscheivel suspect», di Culan.

«In suspect?» respiran duas vuschs.

«Ch'il marcadont hagi mazzau ella», scutina Culan cun immensa precauziun.

«Nunpusseivel!» excloman ils camerats.

En construcziuns cuortas relata Culan il succediu. El supprima nuot de quei ch'el ha viu ed observau. Mo ils camerats scrolan lur tgaus:

ch'il tiran hagi mess maun vid de quei ch'el carezava, gliez crein els buc. Culan desista de vuler perschuader, pertgei el vesa, che quei ei nunpusseivel senza numnar in detagl che stat ordeifer la capientscha de ses auditurs.

«Cura che ti vevas il stilet enta maun, catschavas el el pèz dil marcadont e liberavas nus della perschunia», s'exprima Sparc cugl accent de naiva reproscha.

«Lu vivess Femem, e ti fusses il patrun della nav, e nus tes gidonters», fantisescha l'auter vinavon. Mo el aggiunscha immediat la resalva:

«Sche tschels vessen buca fatg freids nus avon?»

Mazzar?

Culan sesnuescha avon quei plaid monstrus. El sa, ch'el vess buca saviu. Tonaton fatschenta igl aspect designau sia fantasia. El rispunda absents:

«Ti has raschun.»

«Nus stuein encurir de scappar», fa Zacca cun tun resolut. «Tochen ussa vein nus riscau nuot, perquei che nus fidavan buc in de l'auter. Mo ussa che nus essan perina...»

«Jeu sun prompts», di Culan. «Veis vus in plan?»

«Nus savein senudar», fa Zacca suenter in mument. «La via dil salvament ei per nus il flum. L'emprema ga che nus vein ils mauns libers dein nus a dies al guardian, sligiein il rentamogn de nos peis cul pèz de sia lontscha, ed in segl ell'aua. Jeu less ver, tgi che satia nus, inaga che nus essan sfundrai ellas undas.»

«Matei», excloma Sparc cun spontana franchezza. «Ed al guardian in pei el tgil, ch'el emblida de mirar, sin tgei vart che nus s'absentein.»

«Tut en uorden», di Culan, mo en siu tun schai ni slontsch ni perschuasiun. Ils socis

¹² Sin tachar el texto mecanografiado correspondiente, el autor ha añadido sobre él una alternativa manuscrita: «cura ch'ella ei semidada en in'umbriva» [cuando se transformó en una sombra].

encorschan quei. «Has ti in meglier plan, sche tschontscha», supplicheschan els.

«Jeu hai buc in meglier», replica Culan, «mo quel cheu vala pauc. Nus spindrein mo la veta niua, e tgei fagein nus cun quella en in desiart? Nus stuein haver armas, silmeins la lontscha dil guardian, e quei ei exlaus cun senudar. Insumma stuein nus prender la caschun, sco ella seporscha. Jeu hai enderschiu, che nus s'avischineien ad in marcau. Forsa ch'ei dat leu ina pusseivladad nunspegtada. Nus stuein denton esser el clar, qual de nus che camonda, qual ch'ei responsabels pil signal d'attacca.»

«Jeu buc», fa il vegl dils socis.

«Jeu era buc», secundescha il giuven.

Culan fa plaun de s'annunziar. In nibel de dubi ei sesalzaus davos il frunt dil muntagnard. Han els pinau de far cun el ina? Metter el en moviment, epi far partida cul marcadont? El vegn ad esser precauts.

«Quei stos ti far», di il grond cun tun de bienatsch. L'auter di nuot. Ha el viu il medem nibel sco Culan?

En quei mument dat la nav in zaccogn che betta ils perschuniers in encunter l'auter. Avon ch'els hagian curregiu lur posiziun, sentan els, che la nav ei sefermada.

Lur atenziun ei drizzada sin quei che sepassa silla puntera. Ils pass s'allontaneschan e tuornan buca pli. Ils umens ein i a riva. Il ramurar monoton dil flum marchescha il tact dil temps che spirescha. La calira digl ault miezdi augmenta la steppadad dil camon. La seit daventa schi recenta, ch'il plidar fa mal; l'aria schi grossa, ch'il lom ha fastedi de respirar. Ei para, ch'ils sperts de resistenza seigien stinschentai.

Tuttenina seballucca Culan. El bintguna culs peis encunter la preit ed aulza la vusch. «Pst», fan ils camerats. Ei vegn puspei silenzi.

Culan teidla cun ureglia gizzada. El sa quei ch'el vuleva saver.

«Nus fussen salvai, sche nus dumignassen ils ligioms», di el cun temperament, «nus essan persuls silla nav.»

Tschels fan buca risposta, mo il tahegiar carschent lai sminar, ch'ei vegni luvrau conform la proposta.

«Ei va buc», constatescha Zacca cun in schem resignau.

«Nus stuein segidar culs dents», replica il grond denter duas schemidas.

«Tscha, emprova!» fa Culan, seruschnond en direcziun dil plidader.

Suenter stentusa arranschada vegn Sparc de metter en acziun sia dentadira. Mo il terschin che siara las canvialas dil camerat ei schi stentiv, ch'ei para nunpusseivel de reussir enzatgei. Sparc vegn desperaus. Luvrar culs dents senza veser igl object della resistenza ei malempudau. El morda e stila senza plan e calculaziun. Tut en inagada sent'el, ch'ei dat suenter. El veva traplau in cantun dil sughet. Va l'onza anen u anora? El tila semplamein sin bien gartetg quei che duas massialas pon tener. Mo la finala sto ei capitular; ei va buca pli lunsch.

«Aunc inagada», animescha Culan. «Hodai!»

Il sforz communabel finescha cun in zaccud ed in sgrusch. Culan ha ils mauns ch'ei liberai, e l'auter ha in nas sanganont. Quei ei denton in pign accident en vesta agl aspect della libertad. Dus mauns libers han prest sligiau ils ligioms restonts. Ussa sedrezza l'attacca encunter igl esch. El fiug de lur success emblidan els la precauziun. In sdrap communabel basta per metter il davos impediment avon lur peis. Els sederschan ord lur tauna alla glisch tschorventa dil sulegl. La puntera ei vita, mo la riva...?

Ei drova mo ina solia egliada per veser, che la situaziun ei fatala. Dretg silla riva ils fumegls allarmai che brauncan lur lontschas; seniest

ina costa greppusa ch'impedescha la sortida; davon els il flum che fa ina storta, prendend agl egl la survesta. Il temps de ponderar ei cuorts, e Culan vegn buc a frida de dir «stei», che ses camerats ein gia sigli el flum, prendend la letga la pli maneivla. Tgei duei el far? il plan che ha camegiau tras siu tgau ei giavinonts e metta sia decisiun sin ballontscha. Mo el ughegia buc. En treis fuss ei stau pusseivel de scappar culla nav, de tener ils fumegls giu da dies, tochen che las undas mettevan ina barriera denter ils novs possessurs ed ils veders. Mo aschia? El lai vegnir maneivel avunda las lontschas, avon ch'el sedecida per in'aventura che resista a siu instinct.

Culan sa senudar, mo per satiuer ses camerats eis el siglius memia tard giud la punt. Inagada ell'aua, piarda el ord vesta ils tgaus de quels che senodan davon el, aschia ch'el sesanfla isolaus e surschaus a sesez. Neu dalla riva rebattan ils grius allarmonts dils fumegls, ed il moviment dil tun lai sminar, ch'els fetschien de pegliar cun quels che senodan. Co dueva quei finir? Ch'els fumegls eran buc en diember complet, veva Culan observau, e dell'intensidad de lur grir stuev'el concluder, ch'els veglien sussentar enzatgi che sesanfli pli bass sper il flum. La storta nunsurveivla pudeva zuppar prigusas surprises. Igl instinct muenta Culan de senudar ella cuntraria direcziun de tut quei che fladava la preschientscha de ses adversaris. Il flum ei lads en quei liug, ed el sto ditg senudar, tochen ch'el vesa davon el il grep tgietschen della riva seniastra. El tegn schi vitier sco pusseivel della costa greppusa, sperond che tuttenina sepresenti in rom buntadeivel u in tgamin el grep che fetschi pusseivla la sortida. Per l'autra riva eis el daventaun nunveseivels, mo quei ei ina pintga consolaziun en vesta al rempar renviont che setila alla liunga quei ch'igl egl po tscharner. Leuvi savev'el ir a riva e sesurdar, sch'ei mava buc auter; cheu ha ei num puder u negar. Culan

sedrova vinavon, mo el senta il maun pesont della stauncladad e setschentar sur sia membra. La nauscha curontina veva priu a siu tgierp in ton de sia resistenza. Fuss el aunc habels de traversar il flum? El ughegia buca de rispunder. Davon el fan las undas in sefultschem agitau che damonda si'entira atenziun. Avon ch'el vegni d'untgir, eis el tschaffaus dal catsch e bess encunter igl impediment nunveseivel. Il tschallat dellas auas returnontas inundeschan siu tgau, mo ses mauns han palpau zatgei massiv. El setegn, setil'anavon, sedrova culla forza dil negont e senta sut il tgierp il ferm sustegn dil grep. El sesanfla sin in baun de crap che lubescha ad el de pussar, salvond il tgau ord l'aua. Ei va in mument, avon ch'el seigi dil tuttafatg patrun de ses senns. Pér lu vegn el de surver la situaziun. El ei senudaus in grond tschancun, pli lunsch che quei ch'el carteva. La nav digl oriental ves'el buca pli; ella resta davos igl anghel della storta. Mo visavi a siu post dat ei auter de mirar: in marighel camonas per liung della riva e navs e navettas che stattan e semovan sur la fuostga surfatscha dil flum. Nua ein ses camerats? El po mirar schi stagn sco el vul sillas auas tilontas, el observa nuot de quei che vess semeglientscha cun tgau e bratscha d'in senudader. Sch'els han teniu da l'autra vart, ein els capitai ella regiun populada, e sch'igl allarm dils fumegls ei arrivaus a temps, han ins pescau els pigl oriental. L'atgna situaziun ei denton aschi pauc favoreivla, ch'el ha buca peda de star mal per els. De senudar vinavon sestermenta el, de turnar anavos eis ei nunpusseivel muort il catsch dellas auas, e star el liug davent'el baul u tard l'unfrenda dil flum. La veta de slav, aschi abominada, obtegn en quella glisch igl aspect d'ina grazia. Co fuss ei, sch'el gress e targess l'atenziun dils avdonts de tschella riva sin il tierz dils fugitivs? La veta schass ins ad el la veta! Quei ei gie tut! Culan entscheiva a clamar, a smenar il maun ch'ei de libertad, a rugar, ch'ins vegni per el e salvi el per

siu patrun. Mo la distanza ei memia gronda, la ramur dil flum memia allerta, siu post memia discrets, per ch'ins observassi siu segn. Las navettas ch'eran s'avanzadas enviers igl ault dil flum, ellas vegnan buca pli datier, anzi ellas s'allontaneschan pli e pli e svaneschan el verd umbrival della riva. Sch'igl allarm dils fumegls e digl oriental vevan mess ellas en moviment, sche savev'el concluder, ch'ins hagi dau il tierz per piars. Decuraschaus lai el curdar il bratsch e batta culla tentaziun de schar curdar la bratscha insumma. Las undas che termaglian entuorn siu tgierp havessen pinau per el in lom letg, e tutta pitgira havess ina fin.

En quei mument contonscha in sun human si'ureglia. Eis ei la mumma che cloma, eis ei Durana u Turac? L'anguoscha della mort veva giavinu avon siu spért quellas persunas, las sulettas che vessen bargiu de sia sort. El aulza il tgau ed ei para ad el, ch'in'umbriva setschenti sur sia totona. Uss aud'el claramain vusch de carstgauns davos siu dies. Cun tut la precauziun ch'ei necessaria en sia situaziun mein'el il tgau. In griu de sorpresa metscha sur sias levzas: Ina barca!

Ils remaders han observau el e diregian lur vehichel en sia direcziun. Ils dattan d'entellir, ch'els sappien pervia dil turnighel dell'aua buca vegnir pli datier. Culan rispunda cun in segn de capientscha e seleischna ell'aua. Cura ch'el vegn alla surfatscha, ha el de far mo paucs tratgs per contonscher la barca. Nua ch'el s'audi, empiaran ins el, inagada ch'el ei alzaus sur la spunda. Il muossa en direcziun dil flum, ed il patrun della barca dat il segn a ses remaders de continuar. Il sentiment ded esser salvus sligia la tensiun ed enzuglia il giuven en in sien de svaniment. El ni vesa ni auda ed empiara buca suenter, a tgi ch'el hagi d'engraziar siu salvament. El viva e respira, e pér cura ch'el vegn zaccudius allerta, davent'el pertscharts ch'el ei en auters mauns ch'en quels digl oriental.

Nua sesanfla el? Il mund para ded esser midaus. Navs e barcas entuorn ed entuorn, e leu nua ch'el encureva la selva, in migliac casas cun vias e traffic. In vitg de quella fuorma, cun baghetgs de crap quaders e rasai, vev'el aunc mai viu. Franc il marcau, dil qual il navadur veva raschunau!

Culan fruscha ils egls e mira e smarveglia. Mo ses accumpignaders lain buca temps ad el de guder la sensaziun. Igl ei sefatg sera, ed els festginan ded ir per lur fatg. Culan suonda. Havend tschenta il pei sin tiara franca, sto el dar in'egliada anavos. Il ei surstaus de veser dus flums, sper quel dal qual els ein sorti aunc in auter che desegna ina lada penda glischonta el funs dil horizont.

«Qual de quels meina alla mar de Tauris?» sedamonda el tut ded ault, senza vuler plidentar enzatgi.

«L'auter», rispunda il vegl dils umens, mussond cul maun enviers igl allontanau.

«E quel cheu?» fa Culan vinavon.

«Encunter la muntogna.»

Leu sesbassa ual il sulegl en fuostga rendida. Culan ha capiu, ch'el sesanfla sper in flum lateral, e ch'el ha midau direcziun. Ded ir vinavon suenter quel, vegness el pli maneivel de sia patria, forse alla mar dils Etruscs? Mo il flum meina gie enviers la muntogna...? El sto ir vinavon per buca arglinar ses empaladers. El vesa buca la glied che semova sur las vias de sulada, che stattan e miran cun bucca rienta suenter il remarcabel arrivont. Pil mument sto el concentrar ses patratgs sil pli maneivel. Tgi ein ils umens che han salvau ad el la veta, e nua meina la via ch'els muossan ad el? Igl ei mo treis, e de quels para quel che ha plidau cun el il menader. Lur demananza sedistingua de quella dils fumegls digl oriental, mo tradescha tuttina la condiziun ligiada de subalterns. Culan ei memia spossaus per in'acziun ded atgna iniziativa e suonda senza resistenza la voluntad

jastra. Ed el ei leds, cura ch'ìls umens seferman avon in portal e dattan d'entellir ad el d'entrar. Ei va tras in pierti purtaus da colonnas, sepiarda en stgirs zulers e finescha en ina vasta sala cun tgamin.

Igl um ch'era sedistinguius per capo della gruppa, entra cun in bufatg retard. Denton ein ils auters dus seplaccai entuorn la meisa de crap e schau sentir il giuven targlinont, ch'el astgi far il medem.

Ina serva sils onns tschenta la tschavera sin meisa, e fa sco ils auters e maglia. Igl ei tut niev per el, il parlet de bronz ed ils tschaduns, il paun dultschin e la bugliarsa caulda che senoda egl ieli. Mo el ha fom e selai buca stermentar ni dellas egliadas surstadas dils dentuorn ni dellas sbarschadas vid lieunga e tschiel della bucca. Finida la tratga principala, survescha la serva in canaster cun fretgs. Ils dus umens ch'ein entrai cun Culan fan cuort e s'absentan. Il pli vegl resta, e Culan sedistanziescha dal canaster, cura ch'el ei vits. Zatgei aschi delicat sco fics verds vev'el aunc mai s'imaginau ch'ei dessi. En siu deletg survesa el l'entrada d'ina nova persuna.

Pér cura ch'il tierz dils umens sesaulza, indicond sia partenza, d'avent'el pertscharts della preschientscha dil niev. Ina svelta egliada basta a Culan per saver ch'igl ei il patrun. El seglia en pei e sesprova de prender ina posiziun de respect enviars il donatur d'ina schi preziosa tschavera. Quel sto supprimer in surrir e muossa ad el de seser. El sez prenda post da l'autra vart della meisa. Culan sto mirar sin quei bellezza um giuven, e pli ch'el mira e di che la tema svanescha dond liug ad ina spontana confidanza.

«Mes fumegls han pescau tei ord il Danubi, turnond anavos d'in viadi de fatschenta», entscheiva il signur. «Casualitad, ch'els han teniu della vart dil grep (els vevan prescha) schiglioc prefereschan ins l'autra riva ch'ei pli dumiaastia e migeivla, e lu miu bien mat, fusses ti staus piars.»

Culan dat il tgau confirmond. La serva tschenta in candaliar de bronz silla meisa ed invid'ìl tizun vid il fug dil tgamin.

«Ti eis in scappau?» di igl um giuven per in accent pli serius; ses egl ruassavan sur las canvialas de Culan.

«Gie», rispunda quel, mettend in maun sur l'auter.

«Has giu in nausch patrun?» examinesch'el vinavon.

Culan confirmescha.

«Co ha el num?»

«Jeu sai buc», replica Culan precaut.

«Mo ti sas designar sia cumparsa, sia nav e sia glied? Jeu enconuschel ils biars marcadonts dil Danubi, en special quels dil bronz. Bein in dils ezs er'ei?»

Culan dat il tgau.

«Eis ei buc in oriental cun ina biala femna, in Grec meglier detg, cun ina gronda nav ed in trop fumegls?»

Culan sbassa l'egliada; sche mo igl examen fuss finius!

«In um sil meglier, in bi um, sch'ins vul; adina accumpignaus da siu tgaun, adina de bucca rienta...?»

Culan ha plantau ils mauns sidavon alla fatscha, sco sch'el vess ferm de studegiar. Per fortuna ei la glisch munglusa, schiglioc stuess l'auter s'encorscher ch'el trembla.

«Ei dat secapescha aunc biars auters» s'incerescha il giuven signur suenter ina pausa. «Eis ei forse in um gries cun in'urida silla vesta e cavels sblihi? Fuss in soci de l'auter; mo stai, quel ei gie vargaus ier en damaun sper cheu vi! Franc eis ti scappaus da lez?»

Quella ga scrola Culan il tgau cun vehemenza.

«Basta», fa il signur, vegnend buca perderts ord il silenzi de siu visvi. «La lescha ordeina, ch'ìl sclav scappau seigi de remetter a siu patrun; mo sch'ins sa buc a tgi? Per aschiditg ei

igl anflau la proprietad digl anflader. Capeschas, tgei che quei munta?»

Culan dat il tgau cun promtezia. Ses egls tarlischian e ruaussan cun admiraziun silla fatscha dil niev patrun ch'ei mo per paucas stads pli vegl ch'el sez. El queta de veser en quels tratgs beinformai in'aparti semegliadetgna, mo el sa buca metter a casa cun tgi.

«Miu bab ch'avdescha ella cuntrada dellas minas, pli ault sper il flum, sa duvvar de quellas forzas», di il signur, contemplond la bratscha gnarvusa dil luvrer anflau. «Damaun marvegl va ina galera cun zinn dal flum si; cun quella tarmettel jeu tei. De tut igl auter vegnan ins ad instruir tei el liug.» El sesaulza dal baun sco per segn che l'audienza seigi finida. Mo Culan ha ina damonda silla lieunga. Memia tard de supprimer ella:

«Tgei ei quei zinn?» vegn ei sur sias levzas.

Il signur surstat de tonta naivada. Mo el vesa els egls digl emparader memia ardent interess per dubitar de si'intelligenza.

«Zinn ei ina materia sco gl'irom, e la mischeida de l'in cun l'auter dat il bronz.»

«Jeu hai cartiu, ch'il bronz vegni cavaus ord la tiara», fa Culan.

«Nua ei tia patria, che ti empiaras aschia?» remarchescha il patrun surriend.

«Mia patria?» Culan vegn en fatalitad. Tgei sa quel jester far cul num de Crcstaulta? Tgei cul Rein e la cuntrada dils lags?»

«Dallas alps», di el finalmein, sedeliberond digl embrugl.

«Quei hai jeu sminau de tiu lungatg», observa l'auter cun capientscha. «Lu has ti aunc mai viu ina mina ed in fuorn, forse aunc mai giu enta maun in object de bronz?»

«Tier nus san ins aunc buca novas dil bronz», confirmescha il Ret; «mo dacuort hai jeu giu enta maun ina bellezza fibla cun tgau ciselau...»

«Donn, che ti sas buca mussar ella!» excloma il signur. «Nus fabrichein las pli bialas fiblas de tut il mund. Sche ti eis diligent ed inschignus, sas ti emprendre enzatgei els luvratoris de miu bab.»

Culan ei cuntents. Igl aspect de vegnir en contact cul bronz e culs misteris de sia fabricaziun fan emblidar el, ch'el ei in sclav.

L'autra damaun empren el d'encunescher, tgei che zinn ei, e tgei che sezuppa davos il plaid «galera». El astga gidar cargar las travs de metal ella nav, e suenter che quei ei fatg, ed il marcau ed il giuven signur ord vesta, vegn ei era dau caschun ad el de remar el tact dil marti. Il viadi cuoza treis dis, ed avon ch'el vesi la tiara dell'empermischun, ha el fatg l'esperienza, ch'il bi dil mund sappi buca depender mo dil bronz.

Dasperas ha el enderschiu enqual fatg e connex ch'ei buns de sclarir in ton dil niev ed intransperent. Il marcau ch'els han baudunau senumna Sirmin; il flum che porta la galera enviers la muntogna ei il Sava. Il giuven signur ei il fegl de Bor, in dils pussents denter ils magnats dil bronz. Mo era lez ei mo in survient d'in pli pussent, de Lasos, il retg dils Illiriers, ch'ei il signur e patrun de tuts ils avdents e dils scazis della tiara. La galera auda buca mo a Bor persuls, mobein alla societad d'explotaders e fabricants che dominescha igl entir process industrial della cuntrada. Ei detti plirs loghens de minieras sper il Sava, quei de lur mira senumni Ulmar e seigi il pli impurtont de tuts. Il zinn stoppi vegnir retratgs d'ina regiun pli bassa e fetschi in grond viadi, avon ch'el arrivi els loghens dil bronz. Pertgei ch'il zinn stoppi ir encunter agl irom e buc il contrari, quei che fuss els egls de Culan pli practic en vesta alla direcziun dil flum, vegn el buca d'endriescher, essend ch'el sto prender en pasch cun quei che contonscha si'ureglia ord il complex de raschienis jasters. Mo en siu tgau vegnan ils patratgs filai vinavon, ed ord la tocca de discuors interruts combinescha siu spert igl

aspect arrundau dil niev mund. Tonaton porta l'arrivada ad Ulmar aunc avunda surpresas e setrumpadas al mat de Crestaulta.

Gia il liug sez munta en comparegl cun quei ch'el s'imaginava ina disillusun. Sch'el spetgava de veser in marcau sco Sirmin, cun vias de sulada ed arcadas cun colonnas sidavon allas casas, sche fuv'el enganaus; sch'el veva cartiu d'anflar in cuvel muntagnard della cumparsa de Crestaulta e Crapfess, medemamein. Ulmar ei in marcau senza fatscha, ina rimnada de baitas d'arschella sper camonas de lenn ed edifecis de crap. Tut ei ner e malpareivel, e l'aria suera de fem e cotgel. Il liug sez schai ella planira, mo el funs della vart sesaulzan tschemas selvusas. Da leu deriva la lenna per far in tanien fem e carteivel era la crappa che cuntegn igl irom. Cun quellas reflexiuns ed in presentiment pauc bien descenda Culan dalla galera.

Cun bia canera e sestuschem succeda la scargada della vitgira. Mauns che tonschan e mauns che prendan s'entuapan e sebrattan, tochen ch'in respir liberont d'ina vart e da l'autra confirmescha la lavur fatga. La persuna vegn ignorada en vesta alla materia. Culan vegn stuschaus da dretg a seniester, complimentaus orda peis en tut la scala dils tuns, de maniera ch'el vess saviu fugir tschien ga avon ina. El vess buca saviu nua, perquei eis el aunc cheu, cura ch'il capitani della galera seregorda de si'existenza. Culan observa, ch'ei va ina sulegliada sur la fatscha ruha dil marinari, anflond el senza liungas retschercas quel ch'el veva emblidau. El muossa ad el de vegnir e diregia siu confidau vitier in tschuppel umens che stattan trafficond entuorn in magasin aviart. Tochen che Culan sto star botta allas egliadas inspectontas dils nunimpurtonts, plidenta il capitani il cau della gruppa. Quei cuoza in pign mument, e senza pli bia ceremonias ha Culan midau patrun. Ils umens continueschan lur traffic, e Culan sa spetgar. El senta, ch'el dumbra pauc els egl

de quels jasters, e quei sentiment fa bunamein pli mal ad el ch'ils ligioms digl oriental. El vess saviu spetgar aunc pli ditg, sch'in eveniment nunprevediu vess buca zaccuoss ils umens ord lur confar lungurus. Davos la baracca vi meina ina via. Culan ha giu caschun da siu post anora de contemplar il vegnir e vargar de glied e menadiras ed ha divinai, ch'ei setracti d'ina veina inpurtona de traffic denter il marcau e las minieras. Tutenina rebatta neu da leu in spitachel allarmont. Grius e gibels ed il fraccass rumplanont de rodas fan sminar in accident cun ina menadira. Per Culan ei la vesta impedita muort il baghetg che stat sidavon. Vesend el denton, ch'ils umens fatschentai interrompan lur lavur per cuorer en direziun dil signal de malura, ughegia er'el de far il medem. El vegn gest a temps per veser, co in migliac glied sescrasa avon in per bos sespuentai.

Il prighel ei vargaus el mument ch'il carpien ei derschs cullas rodas ensi, frenond da miervi il pass dils animals tementai. El proxim mument reussesch'ei als umens dil magasin ed ad auters ch'ei dai neutier de tschappar ils malempudai rampuns. Mo il mal ei fatgs: igl empalader schai ella puorla senza schientscha! Auters ein mitschai culla tema e sdreinan bunamein la glied dil succuors en lur fuigia desperada. Ina giuvna en toga melna tila suenter ella sia mumma e sederscha aunc adina giblond cun sia custeivla annexa el schurmetg dil magasin. Culan sto untgir ord via per buca riscar ina botscha.

El gidass nua ch'igl ei il grond basegs, mo sco jester ughegia el buca de s'avischinar al liug de disgrazia, tonpli ch'igl ei gia auters che circumdattan il sventirau. Tonaton ha el buca lartg de star eri. Mond vidaneu sco in ch'ei malperina cun sesez, croda siu egl sin in object tarlischont che schai ella puorla. El sestorscha ed aulza si da plaun ina fibla de bronz. Tgi che ha piars ella, ei prest divinai! El ha giu fatg dus

pass en quella direcziun, ch'el seferma surstaus. Ina fibla sco quella... exact la medema? Siu cor dat in zaccogn. Vulcan ils dieus recompensar el per la malgiustia digl oriental? El examinescha siu contuorn cun eglia da fugitiva. Negin che ha observau sia scoperta. El stat per commetter ina prigulosa ortgadad, che la giuvna en toga melna compara avon l'entrada dil magasin. Il moviment de siu maun e l'egliada encurenta din avunda per quel che tegn in object anflau enta pugn. Culan senta il tgietschen a montar en sia fatscha. In amen targlina el indecidius. Mo lu fa el quei ch'el sa buca schar. Il maun culla fibla sesaulza, ils pass sedrezzan enviers la persuna ch'enquera.

«Oh, mia fibla!» excloma la giuvna, observond Culan.

«Jeu hai ual priu ella si da plaun», di lez cun gl'accent satisfatg dil reclu anflader.

La matta en mellen dat in'egliada engrazieivla sil giuven, muossa ina fatscha surrienta, e tuorna en prescha danunder ch'ell'ei vegnida. Culan mira suenter all'appariziun amureivla, sco sch'el less retener siu aspect. Tgi ei quella matta?

En quei mument tuorna igl um anavos, il qual nus vein priu pil cau della grupp dil magasin, surschond quei ch'ei aunc de far el liug dil discletg a persunas meins impurtontas. El varga sperasvi a Culan, senza far stem ded el, e serenda el magasin. Cuort sissu compar'el cun las duas femnas davon l'entrada. Siu far e plidar resplenda respect ed atenziun. Cura ch'ellas s'allontaneschan, pegliond en bratsch ina a l'autra, fa igl um ina profonda reverenza.

«Quella dama giuvna ei la feglia de Bor», concluda Culan, ed en siu spért compareglia el la fatscha della giuvna cun quella dil giuven de Sirmin, encurend ils tratgs comunabels de fargliuns. Il resultat cuntenta buca dil tut. E tonaton, pli ch'el studegia e pli enconuschents ch'els paran, pli comunabels cun ina fatscha...

Oh! Eis el staus tschocs! Ei buc era la fibla la medema?

Culan ha entschiet a cuorer. Igl um avon il magasin vegn attents de siu moviment. El smeina la bratscha, e cu quei fretga buc, entscheiv'el a grir, sigliend vidaneu sco in paster en pitgiras. Mo Culan metscha sper el vi e varga en direcziun dellas femnas sabsentontas. L'auter cuora suenter, temend forsa dapli che mo la sperdita d'in slav.

«Fatem!» cloma Culan, sco sch'el less sussentar in succuors nunveseivel.

Quei plaid ha daveras in remarcabel effect. Las duas femnas meinan ils tgaus e seferman; il persecutader cala de grir e freina il sbargat. Tut a buffond, cun fatscha cotschnida, stat Culan avon las persunas jasteras.

«Enconuscheis vus Fatem?» empiara el cun vusch vibranta.

«Tgei selubescha il'sclav?» replica la dama rubigliond il frunt.

«Quei ei quel che ha anflau mia fibla», remarca la giuvna.

«E lu?» fa l'autra.

«Fatem veva la medema fibla», di Culan, nunsavend co s'explicar.

«Ti has viu la fibia de Fatem!» excloma ussa la dama cun carschent interess.

Culan savess giubilar, udend la risposta ch'el dubitava. En siu tgau van ils patratgs insarin sco en in furmicler. Cun stenta vegn el de tschaffar il fil interrut.

«Gie», fa el, «mo quei tgaun d'in oriental ei ius a mi cun ella.»

«Co numnas ti il signur de Fatem?» reproscha la signura.

«Jeu sai buc», balbegia Culan tementaus, «mo jeu hai in horribel suspect...»

«Tgi eis ti insumma?» di la dama cun accent irritau.

En quei mument ei igl um dil magasin daus neutier.

«Sch'il sclav ei mulestus, sche veis vus mo de dir», declara el cun promtezia servila.

La signura pesenta il cantun de siu pluvial cun losch moviment.

«Tgei ha quel de dir a mi?»

Il fumegl scrola il tgau e tschenta sia braunca silla schuiala de Culan. Quel senta ch'el ei piars, sch'el vegn buca de far capir. Instinctivamein crod'el en schanuglias, e sur sias levzas metschan sco in griu ord il cor ils plaids decisivs:

«Fatem ei morta!»

Las duas femnas dattan in gibel de snuezi. Ellas vulan plidar, mo lur tschontscha vegn stinschentada dal singlut. Culan vegn tschappaus ella totona d'in maun vigurus ed alzaus ord tiara.

«Tgei has ti detg?» strembla la vusch dil fumegl.

«Fatem ei morta», repeta Culan cun in tun aschi franc, ch'il singlut dellas duas femnas semida sil fiat en in bargir eclatont.

In mument pli tard sesanflan tuts quater ella stanza d'in palast en fatscha a Bor. Il fumegl ha prest explicau quei ch'el sa e vegn relaschaus. Ussa vegn Culan en roda.

El resda de sia fruntada cugl oriental a Zulsa, dil til della caravana silla via de mesanotg, d'in liug sper il Danubi, nua ch'els seigien s'embarcai, mintga patrun sin s'atgna nav; leu hagi el viu Fatem per l'emprema. Co els seigien viagiai igl interval de duas glinas sur il flum, senza saver in de l'auter dapli ch'il fatg de lur existenza, tochen ch'il schabetg cul liun hagi fatg cruschar lur vias. El hagi ferend la lontscha salvau la veta a Fatem; quella hagi per renconuschientscha regalau ad el ina fibla, precis la medema sco quella ch'el hagi anflau avon in mument.

Tochen cheu ein ils plaids vegni senza fastedi sur sia lieunga, mo el suandont sto el laguoter pli stedi la spida. Vesend el, tgei effect ch'els fan sin ses auditurs, giavischass el de mai haver plidau. Fertion che las femnas dattan lartg

allas larmas retenidas, semuossan silla fatscha dil signur ils segns d'in prigulus urezi.

«Quescha, manzeser!» grescha el irritau, curdond el plaid a Culan. «Buca sun pli, ni ch'il tschurvi dil sclav profanescha las preits de quella stanza!»

A Culan vegn ei stgir avon ils eglis. Memia tard davent'el pertscharts, ch'ei vessi duvrau schuialas pli ladas che quellas d'in sclav per purtar ella casa d'in magnat de bronz ina schi pesonta nuviala. Ei vegn quiet en la sala; perfin il bargir dellas femnas ei sefermaus, e mo ils pass alterai de Bor rebattan el silenzi. Tuttenina stat el cun ina lontscha avon Culan.

«Neu!» camonda ei.

Culan suonda seo in ch'ei truaus alla mort. Arrivai el liber seferma il signur, designond cul maun ina plonta el funs dil curtgin. Tunschend la lontscha a Culan, di el cul tun supprimiu de gretta e dolur:

«Il sclav che ha tuc il liun, fallescha buc il best de quella plonta?»

Quel ei schi surstaus e tementaus, ch'el drova in mument per capir il camond. Mo lu capesch'el era la smanatscha che schai davos ei. Il sentiment, ch'ei mondi per veta u mort, leventa ils spërts umbrivai. El pesenta la lontscha e calculescha la distanza. Lunsch avunda! El fa in pèr pass enviers la mira designada, senza che l'auter protesti. Ussa! La lontscha ei gia sortida da siu maun e tgula tras l'aria. Tec! Bor fa in pèr pass anavon.

«Aunc inaga», fa el cun tun midau.

Culan va per l'arma e repeta l'emprova. Il resultat ei il medem.

«Ei basta», di il magnat cun eglis humids. «Neu!»

Il di s'enclinont vesa la barca privata de Bor a filond sur il Sava cul catsch dellas undas. Treis remaders procuran il necessari, fertion ch'in um ed in giuven sesan in sper l'auter en tgeua meditaziun, Culan ei strusch d'encunescher

en siu niev vestgiu, e sch'ins savess buca ded auter, prendess ins il pèr per bab e fegl. Bor ei daventaus cartents e raschuneivels, e la malaveta per Fatem fa ch'el respecta il purtader de sias davosas novas. Culan sto risdar e turnar a risdar, e mintga plaid che risguarda la defuncta cula sco balsam sur il cor blessau d'in bab. Sulettamein pigl oriental, il schiender ch'el ha sez elegiu per sia feglia, s'oppona el d'acceptar l'opiniun de Culan.

«Fatem ei morta della tema», di el cun perschuaschiun; «jeu sai buca crer zatgei auter.»

Mo s'avischinond la barca al mercau de Sirmin, d'avent'el pli reservaus cun siu pareri. Sche sia idea era gesta, lu anflav'el igl oriental en casa de siu fegl. Tenor las indicaziuns de Culan stueva quel haver contonschiu il mercau egl interval de quels dis.

Igl ei notg, cura ch'els van a riva. La casa dil giuven Bor se presenta al arrivonts en profund ruaus.

«Cheu san ins de nuot», marmugna Bor, spluntond ella porta. Il giuven ei daveras surstaus della viseta nunspetgada. Cura ch'el auda il pertgei, sefier'el singlutond en bratscha de siu bab:

«Jeu hai siemau buca bien.»

Encurend la fatscha dil sclav, continuescha el:

«La sera avon che quel arrivi hai jeu viu Fatem a mond sur igl ur d'ina barca; Thalos seseva sin l'autra spunda, salvond la cunterpeisa. Tuttenina sesbassa in'evla sur lur tgaus; igl um seglia en pei, la barca cupetga e Fatem ei svanida.

Las larmas sorprendan el danovamein. Mo lu sevolv'el encunter Culan:

«Pertgei has ti buca concediu, che ti seigies de Thalos, cura che jeu hai plidau d'in Grec cun ina biala femna?»

«Savav'jeu, che ti eras il frar?» replica Culan; «e lu hai jeu temiu, che ti remetties il sclav els mauns de siu patrun.»

«Ti prendas Thalos per in assassin?»

«Jeu sun il davos che hai viu en fatscha a Fatem, avon che Thalos annunzi sia mort; si'egliada resplescheva deletg de viver e buca agonia de mort.»

«Pertgei duess Thalos haver mazzau sia spusa?»

«Jeu hai udiu in tun silla scala che ha pariu a mi sco in schem.»

«Jeu manegel buca quei...»

En quei mument croda Bor el raschieni:

«Cura che nus havein anflau la bara de Fatem, vi jeu dir a vus pertgei.»

La notg passa cun preparaziuns pil viadi. Cull'alva dil di banduna ina pintga galera il port de Sirmin en direcziun dil Danubi. Culan sesanfla en cumpignia de Bor e siu fegl e gauda ils privilegis d'in hosp. El ei il sulet ch'enconuscha il liug de lur mira. El crei d'anflar el senza breigia, mo ei va buca ditg, ch'el sto reveder si'opiniun. La contrada che se presenta per liung dil Danubi ha el aunc mai viu. El sto dumandar ils fumegls ch'ei stai ses spindraders, sch'il grep tgietschen hagi aunc de vegnir. Entuorn miezdi contonschan els in vitg de pescadurs. Bor e siu fegl van a riva cun ina navetta. Denton ha Culan temps de studegiar il contuorn. Finfatg, igl ei il grep tgietschen che camegia neu da l'autra riva. El enquera il baun ch'ha salvau ad el la veta; mo la distanza ei memia gronda per distinguer detagls. Tuttenina sto el patertgar a ses camerats. Forsa ein els sfundrai e negai ual en quel liug, nua ch'el s'anfla en quei mument sauns e salv. In sentiment devozius surpren il giuven, e senza far stem dils dentuorn semett'el en schanuglias ed engrazia al bien spért della glisch pil miraculus salvament. Inagada ch'el posseda zatgei da valur, vul el purtar in'unfrenda a quei esser buntadeivel.

Mo cu vegn il sclav ella situaziun de posseder enzatgei? Culan pertratga dils bos che vegnan unfri a Crestaulta e seturpegia da sia pupira. Mo en siu cor seforma in propiast ch'el porscha sco in matg de flurs als dieus ch'el adura: de restar della glisch, clars e sereins sco ils radis dil sulegl!

Denton ein ils signurs de retuorn. Lur tscheras ein stgiras e pensivas. Cura ch'ls remaders ein stagn fatschentai e las palas tschallattan el tact, drezza Bor il plaid a Culan:

«Thalos ei gia vargaus avon tschun dis; el ha encuretg de brattar nav culs pescadurs, mo igl ei buca reussiu.»

Ei dat ina pausa. La conclusiun ei schi palpabla, ch'ei drova buca plaids. Suenter in mument ughegia Culan de dumandar:

«Han ins detg nuot de sclavs ch'eiin fugi?»

«De dus ch'eiin senudai a riva e sesurdai e d'in tierz ch'ei negaus? Bein de quei han ins raschunau. Mo de Fatem savevan ins nuot. Thalos ei vegnius a pei en lur vitg, aschia ch'els han viu sia nav mo dalunsch.»

Culan sa avunda. El veva buca spetgau de ses camerats in sforz pli gagliard.

Da cheu naven sto el purtar persuls il quitau per l'orientaziun. La riva ei monotona, e contas ga queta el de veser in ruver gigant cun treis tschemas; mo igl ei buca quel ch'umbrivescha la fossa de Fatem. Ei vegn sera e notg, senza ch'els hagian contonschiu la mira desiderada. Cull'alva dil di semovan las palas, e la galera varga speras ora a novas contradas. Finalmein presenta la riva in contuorn che fa endament il maletg ch'ei imprimius ella memoria de Culan. Tonaton eis ei buca quel, pertgei il ruver stat buc el liug ch'el s'auda, ed ella mar de feglia verda sedistingua buc ina tschema ord tschella. Cura ch'els ein quasi vargai, dat Culan in'egliada anavos, e pren mira, igl aspect ei in auter. La plonta la pli avanzada encunter la prada sedistingua dagl uaul davos dies ed ha tuttenina treis tschemas. El mira pli stagn ed observa

in alzament el plaun sidavon: il crap fossa de Fatem!

«Stei», tuna siu avis. Tuts ils tgaus sevolvan enviers il plidader.

«Nus essan el liug», di el, mussond cul maun ella direcziun dil ruver.

«Eis segirs?» empiara Bor cun fatscha svegnida. Culan dat il tgaun. Tgeuamein vegn la galera dirigida entuorn ed avischinada al liug indicau. La navetta meina ils umens dispensabels a riva. Cura che tut ei prompt e pinau, semetta il til en moviment enviers il ruver. Culan ordavon. Eis ei il liug encuretg? Daveras, mo zatgei e buc a siu senn!

Culan vegn buca d'exprimer quei ch'el suspecta, che la risposta succeda neu dalla selva.

«Il liun!»

Ils umens han griu il plaid sco ord ina bucca, e la rueida de tontas vuschs ha tementau igl animal. In amen stulescha el el verd dil spessom; lu sfracca ei roma en in auter liug. Ils umens han brancau lurs armas e spetgan cun flad reteniu. Cheu strembla la tiara de pass galoppants, in tozzel lontschas tgulan tras l'aria, gibels de carstgauns semischeidan cul burlir d'ina creatira moribunda.

«Il liun de Fatem!» di Culan cun fatscha pallida. Ella rueida giubilonta sepiardan ses plaids. Mo cura ch'ins dumbra las blessuras digl animal terrau, observan ins ch'il diember de lezzas corrispunda buca cun quel dallas lontschas.

«Il liun era blessaus», constatescha in dils umens.

En quei mument senta Culan in maun a setschentar sur sia schuiaia. Igl ei Bor. Sia fatscha resplenda ina profunda commoziun.

«Neu», fa el.

Avon la fossa de Fatem seferman els. Els ein persuls; ils auters fan aunc adina rudi entuorn la preda imposanta.

«Ussa sai jeu tut», di Bor cun tun resignau.
«Fatem stueva murir. Ils dieus vevan destinau
aschia. Els han tarmess in liun per accumplenir
sia sort. Ti has dustau ella, l'auter ha cumplenu
ella. Jeu drovel buca arver la fossa de Fatem
per saver, ch'ella porta la blessura dil stilet de
Thalos.»

El fa ina pausa. Culan observa entuorn sia
bucca in tratg de petradad.

«Tia bunaveglia mereta in premi, era
sch'ella ha buca saviu retener il maun dils dieus.
Vul ti che jeu turnenti tei en tia patria?»

Culan ponderescha in batterdegl.

«Jeu less star cun tei, tochen che jeu hai
empriu il mistregn dil bronz.»

«Quei astgas ti», rispunda Bor.

«Tochen ch'igl ei daventau giustia cugl
oriental.»

«Lez vesein nus buca pli», replica Bor
cun tun pensiv. Mo ils davos plaids de Culan
han luentau dil tuttafatg il glatsch de siu cor. El
embratscha il giuven cun egls larmonts:

«Jeu vi salvar tei sco in agen fegl.»